

INCOHERENCIAS DEL *WALTHARIUS*: REYES, HÉROES Y ANTIHÉROES. LA LEYENDA Y LA HISTORIA

Rubén Florio*

Abstract: This article analyses and points out some of the inconsistencies between the true history and the one depicted in the text of the *Waltharius* concerning some of the facts and characters of the poem. In each case, it attempts to explain that such inconsistencies are related to the interweaving of oral traditions and also to the determination imposed by the political and cultural power at the time of the creation of the work.

Key Words: *Waltharius*, inconsistencies, characters, history, legend.

Certera es la valoración y discriminación que hace el autor del *Waltharius*¹ al referirse a los contendientes de la batalla final del poema (*duo magnanimi heroes*, 1399) y, si reparamos especialmente en la precisión con matiz excluyente (*magnanimi heroes*), es también una apelación, en calidad de *mise en abyme*, a reconsiderar los alcances del término *heros*, conferido a otros personajes a lo largo del poema. Dos de los tres participantes son abiertamente calificados como héroes e, incluso, destacados por una de sus cualidades fundamentales, según los cánones de la épica clásica: la grandeza de espíritu (*magnanimitas*). Tal valoración, aplicable a distintos tipos heroicos, determina que el narrador, con un añadido específico (*tam viribus aequi / Quam fervore animi ... in fulmine belli*, 1399–1400, donde el término *belli* precisa el carácter marcial de esta épica), diferencie de inmediato la categoría de los combatientes aludidos. El tercer contendiente es excluido de esa distinción con expresivo silencio (el numeral, *duo*, lo alude por omisión), dictamen que no sería tan significativo, si se tratara de uno de los muchos guerreros que en la agotadora jornada de liza se habían enfrentado por una supremacía heroica cuya finalidad consistía en ganar el tesoro.² Por el contrario, el personaje tácitamente eliminado ocupa el rango más elevado en la jerarquía social: es Guntario, rey de los francos, el pueblo más poderoso de los tres que capitulan ante la llegada de los hunos. La valoración del autor revisa retrospectivamente la de Camalón, cuando le asigna el término *heros* a Guntario (601), corrigiéndola y tornándola sospechosa de sutil ironía; mucho más el título honorífico, *caput orbis* (1083), que el rey se adjudica ante Haganón, cuando lo apremia a combatir.

El juicio laudatorio, resultante de las acciones acontecidas en el transcurso de la batalla final, es confirmado en las escenas posteriores, donde el narrador evidencia su conocimiento de los códigos que regían el género desde la aparición de las primeras epopeyas. En tanto Valtario reconoce en Haganón a su parejo antagonista, no es extraño que, al convidarlo a beber vino, lo anteponga—con cortesía de caballero medieval—incluso a sí mismo en el orden de la ronda (*Iam misceto merum Haganoni et*

* Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur, 12 de octubre y San Juan, 8000 Bahía Blanca, Argentina.

¹ Las citas del *Waltharius* proceden de mi edición, Rubén Florio, *Waltharius* (Madrid-Bellaterra 2002), cuyo texto latino reproduce, con leves variantes, el de Karl Strecker, *Editio maior*, MGH *Poetae Latini Medii Aevi VI (Nachträge zu den Poetae Aevi Carolini)* fasc. 1 (Weimar 1951) 1–85; el prólogo de Geraldo, de *Poetae V 2* (Berlín 1937) 405–408.

² La posesión de un tesoro, sea un bien material o uno moral (como la fama), es el motor del *Waltharius*, típicamente germano. Jorge Luis Borges, *Arte Poética* (Barcelona 2001) 69, consigna el tema de un tesoro maligno, como aparece en “la *Völsunga Saga*, y quizás al final del *Beowulf*: la idea de un tesoro que trae males a la gente que lo encuentra.” El tema reaparece en la obra de J. R. R. Tolkien, *El Señor de los Anillos*.

porrige primum; / Est athleta bonus, fidei si iura reservet. / Tum praebeto mihi, reliquis qui plus toleravi, 1410–1412); no obstante, el segundo hemistiquio del último verso consigna la conciencia de Valtario sobre la categoría heroica de cada combatiente. Cuando Hildegunda trae el vino, la gentileza de Valtario es retribuida, con implícito reconocimiento, por Haganón, quien, renunciando al honor que le había concedido el vencedor, reordena la serie y coloca en primer lugar a quien había demostrado incomparable valentía (“*Defer*” ait “*prius Alpharidi sponso ac seniori, / Virgo, tuo, quoniam, fateor, me fortior ille / Nec solum me sed cunctos supereminet armis,*” 1418–1420). La exclusión de Guntario se verbaliza con tres términos: *segnis, tepide, enerviter* (1413–1415),³ de creciente degradación de su masculinidad, para, desde este plano, señalar su vergonzosa participación en la batalla.

Poco después, el convite escurril reúne nuevamente a los dos personajes de similar temple, Valtario y Haganón. Guntario, en cambio, tan diestro en el arte de la alocución, es mudo espectador de la lid burlesca, donde, por medio de las bromas personales, se destaca la familiaridad afectiva y de grado de quienes participan (Haganón se refiere a Valtario como *amice*, 1425; Valtario recuerda la fidelidad que lo unía con Haganón: *fidei antiquae tibi*, 1439). Finalmente, el narrador hace sentir, una vez más, la reprobación a la figura del rey franco en dos notas relacionadas con su incapacidad física: se encuentra yacente en el suelo durante el certamen escurril (postura de inferioridad); es incapaz de valerse por sí mismo (situación humillante).⁴

A partir de este breve examen, se puede inferir que el autor del poema tenía conciencia de los alcances del heroísmo y de los códigos de la tradición épica y que los implementó con determinadas intenciones, no obstante sean de difícil intelección para los lectores contemporáneos, como sucede con otras obras del pasado, debido a que muchas de las costumbres sociales, vigentes en el momento de la producción literaria, garantes de su sentido y comprensión, sufrieron luego sustanciales modificaciones y hasta llegaron a ser abolidas.

La condición de Guntario es de suma precariedad al final de la obra, condición percibida como justa retribución a su indecorosa conducta para con su séquito y en el combate individual. Demasiado oprobio para un rey que había reclamado de sus hombres entregar la vida en salvaguarda de la honra de Francia.⁵ A estas señales se suman las que el autor adjunta con términos valorativos, precisando la calidad guerrera y moral de los contendientes principales de la narración. No obstante Guntario sobresalga nítidamente en tal registro de oprobios, existen otras figuras reales, cuyas con-

³ Véase análisis de estos versos en Rubén Florio, “*Waltharius* 1410–20: ironía erótica y códigos heroicos frente al ‘*scurrili certamine*’ (1425–42),” *FuturAntico* 2 (2005) 66–73. A propósito del *Waldere*, Jonathan B. Himes, *The Old English Epic of Waldere* (Cambridge 2009) 49, señala: “Yet Germanic conventions of heroism, as represented consistently in the literature, dictate that a warrior cannot shirk a challenge to arms, even in the face of certain defeat.”

⁴ La situación de Guntario puede ejemplificarse con una secuencia de tres versos de distintos pasajes, comenzando por el momento en que Valtario le corta la pierna hasta el de la partida, en que lo ayudan a montar a caballo (añado entre corchetes las identidades de los agonistas): *Ille [Guntarius] super parmam ante pedes mox concidit huius [Waltharii]*, 1365; *Consedere duo [Waltharius et Hagano], nam tertius ille [Guntarius] iacebat*, 1405; *Atque simul regem [Guntarium] tollentes valde dolentem / Imponunt [Waltharius et Hagano] equiti*, 1444–1445.

⁵ Dos parlamentos de Guntario ilustran su hipocresía: *Quid mihi, si Vosago sic sic inglorius ibo?* 946; *Dedecus at tantum superabit Francia numquam*, 1085.

ductas, similares a la del rey de los francos, no escaparon a la mirada crítica del poeta. En la primera parte del relato, las máximas jerarquías en el orden social, los reyes respectivos de los cuatro pueblos involucrados, francos, burgundios, aquitanos y hunos, sufren el agudo tamiz del autor. El poema, por otra parte, sitúa la acción de su historia en el siglo V, más precisamente, en el momento en que Atila, al mando de los hunos, invade los territorios de las Galias.

En este trabajo nos proponemos señalar las inconsistencias históricas y literarias—en general, según pensamos, intencionales—que el autor del *Waltharius* lleva a cabo en su revisión del código heroico, instituido desde los paradigmas de la Antigüedad clásica latina y de la germánica, confirmando su continuidad en algunos de los actores de la obra pero también su renovación, para construir un nuevo tipo: el de personajes protagónicos de características opuestas a las del héroe épico tradicional. Paralelamente, intentaremos señalar las huellas que en este proceso de transformación imprimieron el cristianismo, los acontecimientos históricos y las leyendas de la época de composición del poema.

En la primera parte del poema otros reyes habían sido censurados, sutilmente, por las conductas asumidas ante el estado de guerra declarado por los hunos.⁶ Los tres pueblos agredidos, francos, burgundios y aquitanos, renuncian a combatir en defensa de su libertad; entregan rehenes, pagan tributo y se transforman en vasallos de los hunos. El autor, con trazo fino y certero, califica desfavorablemente a cada uno de los monarcas⁷ y, si bien atenúa la condena para con el padre de Valtario, no le ahorra, como a ninguno de los restantes reyes, su crítica acerba.⁸ El reproche está centrado en las defecciones heroicas de cada uno de ellos, quienes, uno a uno, muestran su debilidad de carácter, incapacidad marcial y carencia de agallas, cuando tuvieron que asumir conductas épicas.

Este bastidor general de la situación política, compuesto por la reacción de los tres pueblos ante la irrupción de un agente exógeno, manifiesta el estado de postración espiritual de una parte de Europa, luego de la caída del Imperio Romano. El hecho de que a ninguno de los tres se le hubiera ocurrido unir sus fuerzas ante un enemigo común habla de la fragmentación y desconcierto políticos en que se encontraban los distintos reinos después de la disolución del poder central. A esa falta de capacidad debe atribuirse la conducta seguida por todos ellos, prefiriendo pactar con el más poderoso antes que acordar la unión con sus pares (el caso de burgundios y aquitanos, cuyos hijos estaban comprometidos en matrimonio, es el ejemplo más evidente). Las

⁶ Las incursiones de los hunos sobre el Imperio Romano y su valoración negativa (pueblo de aspecto físico monstruoso, repugnante, y de costumbres impúdicas) están registradas en poetas y cronistas como Claudiano, *Ruf.* 1.323–331; Amiano Marcelino, 31.2.1–11; Sidonio Apolinar, *Carm.* 2.243–269; Jordanes, *Get.* 178–183; Francesco Giunta y Antonino Grillone, eds. (Roma 1991).

⁷ A Gibicón le corresponde *pavidus regis* (17), Heririco fundamenta su defección en el escaso coraje de su pueblo (58–60), Alfer justifica la propia en las debilidades demostradas por francos y burgundios. Sin embargo, es el único de los tres reyes que obtiene una nota favorable desde el universo heroico: en principio, había querido combatir contra los hunos (83–88). Véase el análisis detallado de las tres reacciones en Rubén Florio, “*Waltharius*, figuras heroicas, restauración literaria, alusiones políticas,” *Maia* 58.2 (2006) 222–224.

⁸ Alfer, según informa el autor, es el único de los tres reyes que había pensado combatir; no obstante, inicia el retrato consignando su temor: *Cooperat ingenti cordis trepidare pavore, / Nec iam spes fuerat saevis defendier armis*, 84–85.

distintas capitulaciones guardan un mensaje de contenido político moral: la debilidad es fruto de la división y conduce a la destrucción.

Ese estado de la situación, ese contexto ideológico así descrito propicia el surgimiento de un héroe que encarne las antiguas cualidades del personaje y que, como Odiseo, Eneas y tantos otros (los retratados por Prudencio en su *Peristephanon*, cristalización de la idiosincrasia cristiana), atraviere, como un intruso, reinos agónicos, en un viaje de renovación moral y política. El héroe, un héroe como Valtario no solo está justificado por sus propias acciones, también es anticipado y avalado por las defecciones y debilidades de sus antagonistas. Como en toda obra épica, también en el *Waltharius* las comparaciones tácitas anuncian intenciones autorales.

En este tema, el personaje más contrastado de la primera parte del *Waltharius* (núcleo huno)⁹ es Atila. El perfil que el poeta le imprime, inicialmente, al rey de los hunos en la ficción de la obra coincide, en parte, con el difundido por la historia. Pueblo y rey están retratados como una unidad que había hecho de la guerra su modo de vida (6–12). Atila, en particular, destaca por su bravura y decisión para las conquistas bélicas.¹⁰ Sin embargo, durante el transcurso del relato, la figura del rey sufre una degradación paulatina, que acaba transformándolo, física y moralmente, en un personaje muy distinto al presentado en los primeros versos y, sobre todo, muy distinto al que nos transmiten diferentes historiadores. Atila muere a principios del año 453, después de la batalla de Campos Cataláunicos (451) y de su retirada de Italia (452), pero no existe registro histórico de un comportamiento antiheroico, como el que nos comunica el *Waltharius*, una vez descubierta la huida de su rehén aquitano. O bien el autor utilizó alguna fuente histórica que desconocemos, o bien manipuló deliberadamente la biografía del personaje con la intención de inducir a determinadas conclusiones sobre el papel, más que de Atila, de aquello que representa (el poder absoluto de un rey todopoderoso) y de aquellos con quienes se contrasta (la *virtus* de los reyes cuyos territorios invade, su propia *virtus*), sin desdeñar el mensaje cristiano: Atila, como los restantes gobernantes terrenales y sus estados, ejemplifican la fugacidad y fragilidad del poder humano.¹¹

No era la primera vez que la figura y las acciones de Atila habían sido distorsionadas en la historiografía tardoantigua y altomedieval; Bertini ha mostrado las variadas deformaciones a que fue sometido el episodio de su retirada del Imperio, particularmente para favorecer la imagen de otros personajes de la época.¹² Así pues, desde muy temprano, algunos hechos de su biografía fueron ficcionalizados y Atila se constituyó

⁹ Según la división política del poema que hace Edoardo D'Angelo, *Waltharius. Epica e saga tra Virgilio e i Nibelunghi* (Milano-Trento 1998) 31.

¹⁰ Además de calificarlo (*impiger*, 12), describe sus dotes de estrategia (véanse versos 13, 42–43, 75–76).

¹¹ Como el que expresa, entre otros, Sedulio Escoto, *Liber de rectoribus christianis*, Siegmund Hellmann, ed. (Munich 1906) 75–77; y el estudio de Peter Godman, *Poets and Emperors. Frankish Politics and Carolingian Poetry* (Oxford 1987) 159–165. Salustio había adelantado la causa de las capitulaciones imperiales, *Cat.* 2.4–6: *nam imperium facile iis artibus [animi virtus] retinetur, quibus initio partum est. verum ubi pro labore desidia, pro continentia et aequitate lubido atque superbia invasere, fortuna simul cum moribus inmutatur.* Y más adelante (10.3–4), sobre el papel de la avaricia en la destrucción de la República, fruto del deseo de poder, *imperi cupido: ea quasi materies omnium malorum fuere. namque avaritia fidem probitatem ceterasque artis bonas subvertit.*

¹² Véase la demostración de Ferruccio Bertini, “Attila nella Storiografia Tardo Antica e Altomedievale,” *Popoli delle Steppe: Unni, Avari, Ungari*. Settimane di studio del CISAM 35 (Spoleto 1988) 539–557.

en símbolo de comparación, según se comportara frente a sus ocasionales antagonistas; los hunos, que lo precedían en la historia, sufrieron similar interpretación.¹³ En este sentido, el *Waltharius* no parece ser la excepción, debido quizás a que, no obstante los retratos de Atila transmitidos por distintos historiadores destaquen su bravura en el combate y su mesura en la paz, algunos de ellos, inventando sucesos, lo presentan atemorizado frente al papa León Magno, quien lo habría enfrentado desarmado y obligado a retornar a su patria.¹⁴ En todo caso, Atila pudo temer al emperador Marciano y al general Aecio, sopesando el desgaste sufrido por sus tropas durante la campaña del 452, extenuadas por la táctica de guerrillas de las poblaciones que encontraban a su paso y diezmadas por la peste, pero muy difícilmente al papa.¹⁵

Sea como fuere, no es tarea menor deconstruir la imagen inicial de Atila y su pueblo, invadiendo y arrasando con su poderío el mundo conocido y, en particular, los tres reinos occidentales entre los que se enmarcará la primera parte del *Waltharius*, hasta hacernos aceptar la degradada que el narrador nos propone: la de un rey pusilánime, incapaz de percibir—a pesar de las advertencias de su esposa—la celada que le tienden Valtario e Hildegunda en su plan de fuga. Añádase su reacción, más propia de un personaje grotesco que la de un avezado estratega, terror de la humanidad, considerado *flagellum Dei* (según los informes de los cronistas cristianos), incluso cuando se escribió el *Waltharius* y a pesar de la valoración positiva de su figura en la tradición germánica.¹⁶

¹³ Dos sabrosos pasajes de Prisco (quien conoció personalmente a Atila, pues formó parte de la embajada que lo entrevistó en 449), citados por Ferruccio Bertini, “Attila nei Cronisti e negli Storici del Medioevo Latino,” *Attila, Flagellum Dei?* Convegno internazionali di studi storici sulla figura di Attila e sulla discesa degli Unni in Italia nel 452 d.C., Silvia Blason Scarel, ed. (Roma 1994) 231, revelan que quienes los conocían y su pueblo estaban muy lejos de considerar a Atila como azote de Dios y a los hunos como bárbaros, salvajes y sanguinarios.

¹⁴ Véase el testimonio de Jordanes, *Get.* 35.182 (véase n. 6), quien, siendo godo (pueblo atacado por los hunos), no podía tener una opinión favorable de Atila; sin embargo: *bellorum quidem amator, sed ipse manu temperans, consilio validissimus, supplicatibus exorabilis, propitius autem in fide semel susceptis*; y, luego de ensalzarlo, consigna que, al morir, Atila se destaca, entre otros aspectos, por su moderación, *Get.* 49.257: “*Praecipuus Hunnorum rex Attila, patre genitus Mundiuco, fortissimarum gentium dominus, qui inaudita ante se potentia solus Scythica et Germanica regna possedit, nec non utraque Romani orbis imperia captis civitatibus terruit, et, ne praedae reliqua subderentur, placatus precibus annum vectigal accepit: cumque haec omnia proventu felicitatis egerit, non vulnere hostium, non fraude suorum, sed gente incolumi inter gaudia laetus, sine sensu doloris occubuit.*” Jordanes conoce la crónica de Prisco pero, cuando escribe su historia sobre los godos, un siglo después, presenta una figura de Atila que ha entrado en la leyenda. Próspero de Aquitania, *Chronicum* (PL 51.603C), adultera el encuentro de León con Atila para exaltar al papa: *Suscepit hoc negotium ... beatissimus papa Leo auxilio Dei fretus, quem sciret numquam piorum laboribus defuisse. Nec aliud secutum est quam praesumpserat fides. Nam tota legatione dignanter accepta, ita summi sacerdotis praesentia rex gavisus est, ut et bello abstineri praeciperet, et ultra Danubium promissa pace discederet.*

¹⁵ Exposición minuciosa de todas las posibilidades en Patrick Howart, *Attila* (Barcelona 2001) 137–138. Friedrich Prinz, *Da Costantino a Carlomagno. La Nascita dell'Europa* (Roma 2004) 163; Peter Heather, *La Caída del Imperio Romano* (Barcelona 2006) 432–433; y Guy Halsall, *Barbarian Migrations and the Roman West, 376–568* (Cambridge 2007) 250–254, desmitifican el suceso con precisos informes de fuentes históricas.

¹⁶ Significativo es el contraste entre *Waltharius* 4–12 y 380–418. En los primeros versos, además de su bravura, se le atribuyen cualidades como la sabiduría y la benevolencia. Más significativo aun el módulo *Foedera plus cupio quam proelia mittere vulgo / Pace quidem Huni malunt regnare, sed armis / Inviti ferunt, quos cernunt esse rebelles*, 68–70, donde resalta el término *inviti*. Véase, “Attila nei Cronisti” (véase n. 13) 238; y Ferruccio Bertini, “La Leggenda di Attila: Fonti Ungharesi e Italiche a Confronto,” *L'eredità classica in Italia e Ungheria fra tardo Medioevo e primo Rinascimento*, Sante Graciotti e Amedeo Di Francesco, eds. (Roma 2001) 279.

De la tradición germánica procede la imagen que predomina al principio del poema. Una lectura atenta descubre que no es la de un guerrero sanguinario y bestial, sino la de un hábil político, dotado de un temperamento marcadamente paternal.¹⁷ Estas cualidades evidencian un hiato sobre el carácter y conducta del rey de los hunos, según la fuente histórica a que se remita su leyenda. En cambio, si durante el relato alguien representa la encarnación de la ferocidad atribuida a Atila en la historia (fruto de las deformaciones ideológicas a que fuera sometida durante siglos por escritores paganos y cristianos), ese es Valtario cuando conduce a los hunos en batalla.¹⁸

En cuanto a la ridiculización de Atila, no es un episodio aislado, sino urdido bajo una sutil y tácita comparación, pues se produce simultáneamente y como contrapartida de las descollantes acciones bélicas de Valtario. En ese momento se aprecia una tensión entre la tradición germánica y la quizás deliberada intencionalidad del poeta cristiano, quien ve la oportunidad para censurar nuevamente la jerarquía real, como lo había hecho antes con los francos, burgundios y aquitanos, y para, en paralelo, añadir la caricatura a las conocidas reprobaciones que el cristianismo había elaborado desde el siglo V con respecto a su figura. Parece poco probable que el Atila histórico, conquistador de pueblos, hábil y astuto guerrero, dotado por ende de fortaleza física y sagacidad intelectual, sea alertado por su mujer sobre la valía de Valtario y aconsejado sobre cómo retenerlo, haciéndole notar que el aquitano es el genuino cimiento de su poder (*vestri imperii columna*, 126). En un género donde domina la virilidad, esa advertencia equivale a una doble humillación, ya que es una mujer la que prevé el rumbo de los acontecimientos y la que invierte la relación de precedencia que debería existir entre Atila y Valtario en cuanto a las capacidades marciales, expresando su opinión, además, en la cara del propio interesado. La ironía que rezuma la escena es acentuada, a menos que el autor del *Waltharius* haya conocido por otras fuentes históricas, hoy perdidas, las debilidades del rey huno que inscribe en el relato o a menos que hubiera decidido escoger la variante nórdica de un Atila (Etsel) grosero y borracho. Tal posibilidad no sería desdeñable para un narrador que refunde con sorprendente habilidad la tradición germánica y romana paganas y las sirve cristianizadas.

Al contar con retratos desfavorables del Atila histórico, consolidados en el imaginario popular (los cronistas del período ya habían manipulado su figura, según los intereses del momento), el autor del *Waltharius* no tuvo dificultades para degradarlo cuando lo incorporó como personaje de su narración épica. Sujeto a las normas de la

¹⁷ Respectivamente, *W.* 68–70: *Foedera plus cupio quam proelia mittere vulgo. / Pace quidem Huni malunt regnare, sed armis / Inviti ferunt, quos cernunt esse rebelles*; luego, describiendo a los jóvenes rehenes, *W.* 97–98: *Exulibus pueris magnam exhibuit pietatem / Ac veluti proprios nutrire iubebat alumnos*. Si los versos referidos a la política seguida para con los pueblos conquistados tienen verosimilitud histórica, los que lo muestran como padre adoptivo son, en cambio, de difícil verificación. Atila tenía varios hijos de sus diferentes matrimonios. Es más, luego de su muerte, los hijos se disputan el poder y, como resultado de sus luchas, el poderío de los hunos sucumbe.

¹⁸ El retrato que de los hunos hizo Amiano Marcelino, 31.2.1–11, pesó decisivamente en la valoración posterior de todos los integrantes de ese pueblo. En el de Jordanes, *Get.* 35.182 (véase n. 6), basado en Prisco, no hay sino dos notas vagas sobre la fiereza de Atila, que no parece exceder la de cualquier guerrero de su tiempo: *terrarum omnium metus ... bellorum quidem amator*. En el siglo XIII, en cambio, Salimbene de Adam, *cron.* 296 d. p. 300 Scalia (citado por Bertini “Attila nei Cronisti” [véase n. 13] 233, quien con la misma estigmatización incluye a otros autores, 237ss), ya lo califica *flagellum Dei* y alude a su *saevitia*. Valtario, en cambio, hace gala de un ensañamiento notable en la descripción del combate como jefe de los hunos (196–199), sembrando el terror en el ejército enemigo.

literatura, no es extraño que el poeta haya hurgado en la romana y escogido el recurso de travestirlo con la incertidumbre espiritual que Virgilio había impreso en Dido, en la escena en que la reina se consume de amor y en la que sospecha el abandono de Eneas.¹⁹ Este aspecto podría reconocer otro antecedente, más improbable pero no desdeniable. La imagen del hombre que, maduro en su fortaleza física, sucumbe por la debilidad de su espíritu podría haber sido hilvanada desde Lucrecio, cuya presencia textual, si bien escasa, se encuentra atestiguada.²⁰ La subtextualidad de Virgilio, cuando Atila descubre la huida de Valtario, presente el final de su dominio y se hunde en una desesperación más propia del legendario personaje femenino, encarnado por Dido, que del histórico rey de los hunos (cuya valentía y crueldad registran no pocos cronistas), podría considerarse una encubierta intención del poeta por contrastar disímiles universos heroicos. Para los receptores de su tiempo, tan entrenados en literatura romana—en la de Virgilio, en particular—capaces, entonces, de descifrar mensajes exquisitos,²¹ la asistencia virgiliana en este pasaje del *Waltharius* les habrá impuesto un ejercicio de erudición intelectual que no concluía con el reconocimiento de Dido en el reverso de Atila. En principio, y como todos sabían, la reina auxilia a Eneas cuando la vida del troyano dependía de su decisión, le ofrece compartir su reino, finalmente es abandonada a su destino. Datos, todos ellos, que repercuten en la relación personal de Atila con Valtario.

¹⁹ Basta cotejar hipertexto e hipotexto; *W.* 383: *Et nunc huc animum tristem, nunc dividit illuc*, y *Aen.* 4.285: *atque animum nunc huc celerem nunc dividit illuc*; *W.* 390: *Nec placidam membris potuit dare cura quietem*, y *Aen.* 4.3: *verbaque nec placidam membris dat cura quietem*. Si bien los versos referidos a la reina cartaginesa son utilizados luego para describir incertidumbres espirituales de Eneas, respectivamente 8.10 y 10.217 (recurso de la inversión, habitual y muy del gusto virgiliano), ya desde las confesiones de san Agustín se entrevé que el imaginario popular se los adjudica a Dido en exclusividad.

²⁰ Es difícil saber si el autor del *Waltharius* conoció directamente la obra de Lucrecio. Afirma Lisa Piazzi, *Lucrezio. Il De rerum natura e la cultura occidentale* (Napoli 2009) 73: “Dopo Isidoro, è difficile dire se i richiami al *DRN* dipendano unicamente dalle citazioni dei grammatici o anche da una lettura diretta, sia pure tramite *florilegia*.” Según Winthrop Wetherbee, “From late Antiquity to the twelfth century,” *The Cambridge History of Literary Criticism*, vol. 2, *The Middle Ages*, Alastair Minnis, Ian Johnson, eds. (Cambridge 2005) 111, el irlandés Dungal fue “scientist and ‘corrector’ of Lucretius,” durante el gobierno de Carlomagno; nota coincidente en Leighton D. Reynolds and Nigel G. Wilson, *Copistas y Filólogos* (Madrid 1986) 137, siguiendo a Bernhard Bischoff, “Irische Schreiber im Karolingerreich,” *Mittelalterliche Studien* (Stuttgart 1981) 3.42; Birger Munk Olsen, *I Classici nel Canone Scolastico Altomedievale* (Spoleto 1991), 79 y 119, registra el texto, en el siglo IX, en cuatro bibliotecas (Bobbio, Lobbes, Murbach y una de la región renana). Amplia noticia sobre la pervivencia de la obra de Lucrecio provee Michael Reeve, “Lucretius in the Middle Ages and Early Renaissance: Transmission and Scholarship,” *The Cambridge Companion to Lucretius*, Stuart Gillespie and Philip Hardie, eds. (Cambridge 2007) 205–213. Reeve cita (n. 7) a Mirella Ferrari (1972), quien había negado la huella de Lucrecio en Dungal. La imposibilidad de descansar, la presunción de que el cambio de lugar podría acabar con las perturbaciones anímicas es tema bien conocido del epicureísmo. En la descripción de la angustia de Atila por la huida de Valtario e Hildegunda (391–398) podría haber ecos de Lucrecio (3.1053–1070). Los movimientos anímicos de la angustia de Atila tienen el aliento del pasaje de Lucrecio, aunque no se registren préstamos de palabras o frases. Del mismo modo sucede con el combate de Valtario y los 11 guerreros, similar a los de Tideo y 11 guerreros en un lugar de difícil acceso, relatados por Estacio en su *Tebaida*, como lo señaló Friedrich Panzer, *Der Kampf am Waschenstein: Waltharius-Studien* (Speyer 1948). La estrategia de dividir al adversario, cuando supera numéricamente al personaje protagónico, también se encuentra en Tito Livio (1.25.7), cuando describe el combate del último de los Horacios frente a los tres Curiacios. En verdad, se trata de una táctica impuesta por el sentido común y el instinto de supervivencia.

²¹ Decodificar la alusión de Modoino a Carlomagno, como árbitro del nuevo poder, a través de la figura de Palemón en la bucólica 3 de Virgilio, solo podían hacerlo personas de refinamiento intelectual; Modoino, *ecl.* 1, 24, MGH, *Poetae* 1, Ernst Dümmler, ed. (Berlin 1881) 385: *Prospicit alta novae Romae meus arce Palemon*.

Hasta aquí las coincidencias en líneas generales. La diferencia sustancial consiste en que Dido y Atila son personajes de distinto sexo y en un género literario donde, como acabamos de decir, domina la virilidad, semejante identificación no solo debe haber producido sonrisas cómplices; también, la certeza de que Atila, en principio, y, en cierto sentido, alguna clase de heroísmo habían sufrido una evidente degradación. Una obra literaria comprende el contexto inmediato de su producción, en el que se encuentra anclada la idiosincrasia de su tiempo, y el mediato, pues cada nueva obra es el fruto de una cadena, cuyos eslabones remotos pueden identificarse, en mayor o menor medida, según sean de tradición escrita u oral. En el caso específico del período carolingio, donde la buscada reposición del latín conllevó la minuciosa lectura de los autores que habían escrito en esa lengua, no hay dudas de que los cambiantes significados de los términos, usados en la literatura latina del pasado—pagana y cristiana—se encuentran en los cimientos de las nuevas obras; su interpretación, entonces, remite a una multiplicidad de voces, intencionalmente combinadas por el autor para construir, según las expectativas de su tiempo, el nuevo mensaje.

En otros pasajes, por el contrario, se verificaría la coincidencia de literatura e historia: el módulo *somno vinoque solutus* (358), con que el autor del *Waltharius* consigna el estado de embriaguez de los hunos después del banquete, remite tanto a la nota de Jordanes sobre la embriaguez de Atila en su noche de bodas (*Get.* 49.254: *vino somnoque gravatus*), cuanto a la de Virgilio sobre la de los rútilos (*Aen.* 9.189, 236: *somno vinoque soluti*). Hay coincidencias más sutiles: muy significativo es el parlamento de Ospirin, cuando descubre la huida de Valtario con Hildegunda. Más allá de la ironía antes marcada, el lamento de la reina destaca la fragilidad del pueblo huno ante el menor contratiempo, pues no se limita a deplorar el descuido y falta de previsión de Atila; su discurso, que en principio puede resultar desmedido (anuncia la ruina irreversible de Panonia),²² memora una realidad histórica: la de la peculiar etnogénesis de las confederaciones de pueblos seminómadas, proclives a rápida desaparición en caso de muerte de su líder o de su derrota por parte de algún adversario, fuere romano o bárbaro, o, como lo hace notar el autor del poema, en caso de que los pueblos sometidos se negaran a seguir pagándoles tributo. Así lo hacen los francos, cuando Guntario sucede a su padre y rompe el tratado con Atila (116–118), un hecho que desencadena otro, la huida de Haganón (119–120).²³ El detalle no es menor, pues implica un debilitamiento del poder de Atila, quien había confiado la dirección de sus

²² *W.* 373–375: *O vinum, quod Pannonias destruxerat omnes! / Quod domino regi iam dudum praescia dixi, / Approbat iste dies, quem nos superare nequimus.* El eco de la *Eneida* vuelve a presentarse: la muerte de Dido acarrea, como una reacción en cadena, no solo la de los habitantes de Cartago, sino también la de toda su estirpe, empezando por la antigua Tiro (*Aen.* 4.669–671).

²³ Si bien tenían un poderío militar contundente, el modo de vida de estos pueblos determina una economía irregular y endeble, basada en el pillaje y la obtención de tributos para sobrevivir, cuyo principal abastecedor fue el Imperio; véase Patrick J. Geary, “Barbarians and Ethnicity,” *Interpreting Late Antiquity*, Glen W. Bowersock, Peter R. Brown, Oleg Grabar, eds. (Cambridge, MA 2001) 109 y 117. Adherimos a la definición de etnicidad que postula Peter Heather, “Ethnicity, Group Identity, and Social Status,” *Franks, Northmen, and Slavs. Identities and State Formation in Early Medieval Europe*, Ildar H. Garpsanov, Patrick J. Geary, Przemyslaw Urbańczyk, eds. (Turnhout 2008) 43: “ethnicity is precisely that type of group identity which exists when there are strong cultural commonalities linking together members of the group concerned.”

tropas a Valtario y Haganón (106), al tiempo que un robustecimiento del poder de los francos.

Finalmente, el poema exhibe una fuerte originalidad con su distanciamiento del panegirismo, dominante en otras obras del período carolingio (*In Honorem Hludowici Caesaris Augusti, Gesta Karoli Magni*). Ese distanciamiento se ahonda en la diferenciación de la figura de Valtario y las características con que los poetas de la época habían representado a Carlomagno y a Ludovico.²⁴ El *Waltharius*, entonces, por la variedad de articulaciones entre versiones históricas, leyendas y narraciones literarias que acoge, desvirtuando las escasas precisiones temporales marcadas en su texto (como la invasión de los hunos al inicio de la narración), bien se ajustaría a aquella frase con que lo caracterizó Bertini: un apasionante pero todavía irresuelto rompecabezas.²⁵

Esa heterogeneidad espeja la de sucesos cruciales del pasado, de honda repercusión en la conformación del imaginario medieval, tres de los cuales se encuentran fundidos en el *Waltharius*: la obra de Virgilio, particularmente la *Eneida* (en tanto paradigma literario, ético y genealógico, de larga, profusa y extendida repercusión);²⁶ la cristianización del Imperio Romano (en tanto conversión a una nueva idiosincrasia);²⁷ la caída del Imperio Romano, como hecho político (en tanto receptor de nuevos pueblos) y literario (en tanto perceptor de la renovación de leyendas heroicas).²⁸ Esa heterogeneidad se manifiesta en el inicio del poema, que, al estilo de la crónica (*Tertia pars orbis, fratres, Europa vocatur, 1*)²⁹, parece advertir sobre la concurrencia de la historia, diversificando el género esperado en el prólogo (si lo consideramos parte de la obra: *canit ... mira tyronis / nomine Waltharius, per proelia multa resectus, 17–18*), género que domina a lo largo de la narración. Problemático es el aspecto histórico con respecto al personaje protagónico. Si lo remitimos a la historia genuina del siglo V (cuando los hunos, bajo el mando de Atila, invaden Europa occidental), se disuelve en la falta de registros sobre un guerrero aquitano con los atributos que describe el poema. Más aun, Aquitania es irrelevante en la historia de esa época y las figuras de Gundahar (>Guntariarius>Guntario) y Hagen (>Haganón), francos en el poema, son, en la historia genuina de la época, sobrevivientes de los burgundios, arrasados por Aecio

²⁴ Francine Mora-Lebrun, *L'Enéide Médiévale et la Chanson de Geste* (Paris 1994) 146 y 153, destaca, entre otras, estas peculiaridades del poema.

²⁵ Ferruccio Bertini, "La Letteratura Epica," en *Il Secolo di Ferro: Mito e Realtà del Secolo X*. Settimane di Studio del CISAM 38 (Spoleto 1991) 743.

²⁶ El texto virgiliano fue desarticulado y rearticulado tanto para confirmar cuanto para refutar el nuevo imaginario del *Waltharius*, que respondía a la mentalidad de la sociedad de su época. Comparación minuciosa con pasajes de la *Eneida*, en lo que respecta a los combates, la caracterización de los héroes, los dioses y los argumentos llevó a cabo Alfredo Dornheim, "Fuentes Virgilianas del *Waltharius*," *Revista de Estudios Clásicos* 2 (1946) 17–44.

²⁷ El Cristo triunfante sobre la muerte fue un símbolo que trajo al habitante del agonizante Imperio una ansiada esperanza de nueva vida; Richard Lim, "Christian Triumph and Controversy," *Interpreting Late Antiquity*, Bowersock, Brown, Grabar, eds. (Cambridge, MA 2001) 196, consigna: "Following the end of the 4th century, Christ triumphant over death in resurrection scenes became a favorite iconographic subject." A ello debe añadirse que los cristianos usaron símbolos del paganismo romano en beneficio propio, invirtiendo su significado: Prudencio (*Perist.* 2.417–432), entre otros, consignó que la tan mentada *pax romana* no fue sino la anticipación de la llegada de Cristo, preparada por la Providencia.

²⁸ Geary, "Barbarians and Ethnicity" (véase n. 23) 111–112.

²⁹ Gustavo Vinay, *Alto Medioevo latino. Conversazioni e no* (Napoli 2003) 409, destaca el "andamento cronatístico" del *Waltharius*.

en 436, al mando de un ejército huno.³⁰ A su vez, este suceso histórico se constituyó en el meollo primigenio del *Nibelungenlied*, un poema en cuyo transcurso aparece Atila, memorando hechos del pasado, y donde, en su capítulo XXVIII, se encuentra la fugaz intervención de un tal Walther de España, la huida con Hilgunt, la relación de Valtario con Haganón, rehenes ambos del rey de los hunos. En el *Cantar de los Nibelungos*, la recomposición de este suceso en narración épica, según los intereses de la comunidad que lo recogió y los de quienes lo reescribieron, refiere que ese Walther de España era oriundo de Tronje y que su padre había sido un tal Aldriano; noticias que Atila relata como si se tratara de un pasado lejano.³¹

Empero, si escrutamos en el período carolingio, comprobamos que Ludovico el Pío se convierte, por voluntad y habilidad política de su padre, Carlomagno, en rey de Aquitania en el 781, cuando aún era menor de edad.³² El héroe del *Waltharius* pertenece a ese pueblo y un escritor de la época, Ermoldo Nigelo, era aquitano. Ermoldo, además, era diestro en el uso de un recurso que atraviesa y modifica el sentido literal del *Waltharius*, la ironía. Las coincidencias podrían resolver el problema de la finalidad del poema e incluso de su autoría, si adherimos a uno de los análisis críticos de fines del siglo pasado.³³ Al colocar en primer plano a un héroe aquitano, Valtario, al

³⁰ Herwig Wolfram, *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (Berkeley 2005) 250; y Heather, *La Caída* (véase n. 15) 367. Stephen Mitchell, *A History of the Later Roman Empire AD 284–641* (Oxford 2007) 199–200, consigna que, con el apoyo de los hunos, Aecio controló a otros pueblos: los visigodos (425, 430 y 436), los francos (428 y 432) y los burgundios (436–437). Marcelo Martínez Pastor, “Historia y Poesía en la Épica Latina Medieval,” *Poesía Medieval*, Vitalino Valcárcel Martínez, Carlos Pérez González, eds. (Madrid 2005) 446–447, registra esas incoherencias, que atribuye a la formación de la leyenda, cuando la memoria colectiva aún no estaba muy alejada de los sucesos, o a la transmisión de fases desiguales hasta la composición del poema, unos cinco siglos posteriores a los hechos. Consigna también un tercer factor: “el autor, además de seleccionar los elementos que le ofrece la leyenda y construir sobre ellos el argumento, lo elabora poéticamente con libre uso de la ficción, sin alejarse de lo verosímil.” Su primera conclusión: “no es fácil distinguir lo que cada uno de estos factores ha contribuido a alejar el contenido legendario, tal como se refleja en el poema, de la realidad histórica”; para recordar finalmente: “Y aparte de todo esto, también la erudición pudo guiar a un poeta que escribía en latín en la transformación de los contenidos que encontraba en la leyenda, de un modo parecido al que Servio atribuye a Virgilio.” Ian Wood, “*Gentes, Kings and Kingdoms—The Emergence of States: The Kingdom of the Gibichungs*,” *Regna and Gentes*, Hans-Werner Goetz, Jörg Jarnut, Walther Pohl, eds. (Leiden 2003) 247–248, propone dos soluciones: “the story of the destruction of the Rhineland kingdom was elaborated by neighbouring peoples, like the Franks, who had no wish to remember Burgundian survival. On the other hand it is far from clear that the ethnicity of the legendary Rhineland kingdom was a matter of much interest.”

³¹ *Das Nibelungenlied*, Helmut de Boor, ed. (Munich 1988) st. 1756: “ez wurden mine gîsel zwei waetlîchiu kint, / er und von Spânje Walther, die wuohsen hie ze man. / hagenen sande ich wider heim: Walther mit Hilegunt entran.” (Atila: “dos nobles niños estuvieron aquí como rehenes; él [Hagen] y Walther de España, quienes crecieron aquí hasta ser hombres. A Hagen lo envié a su patria; Walther huyó con Hildegunda”). Vinay, *Alto Medioevo Latino* (véase n. 29) 389, comienza el capítulo dedicado al *Waltharius*, citando estos versos del *Cantar de los Nibelungos*, y concluye: “È la storia di questa fuga che ci racconta il *Waltharius*.” La huida de Valtario con Hildegunda recuerda un motivo literario muy popular, la búsqueda de la novia; véase Claudia Bornholt, *Engaging Moments. The Origins of Medieval Bridal-Quest Narrative*, (Berlin 2005) 42–85, en particular 77–85.

³² Para fortuna de Carlomagno, Ludovico había nacido en Poitou en el año 778; véase Louis Halphen, *Carlomagno y el Imperio Carolingio* (México 1955) 42–43.

³³ Karl Ferdinand Werner, “Hludovicus Augustus. Gouverner l’empire chrétien—Idées et réalités,” *Charlemagne’s Heir. New Perspectives on the Reign of Louis the Pious (814–840)*, Peter Godman, Roger Collins, eds. (Oxford 1990) 108, adjudica la obra a Ermoldo Nigelo (por lo tanto, escrita bajo el reinado de Ludovico el Pío) y la califica como una completa ficción, que hace remontar la existencia del reino de Aquitania a la época de Atila, durante la que el autor sitúa las hazañas de su héroe. Un autor que, extrañamente, omite mencionar a los visigodos y a sus reyes, que combatieron valientemente contra los hunos, sin duda porque, para la realeza mítica de su país, necesita, no de reyes heréticos, sino de reyes católicos. Y con-

destacar el valor de un guerrero franco, Haganón, pero también al censurar acremente la cobardía de otro franco, el rey Guntario, el autor del *Waltharius* bien pudo tener el propósito de homenajear, desde una figura ficticia del pasado aquitano, a la figura histórica, genuina, del presente: o bien Ludovico el Pío, o bien su hijo, Pepino I, o bien su nieto, Pepino II. Esta conjetura podría desencadenar otra: la sospecha de que el autor del *Waltharius* se hubiera propuesto modificar deliberadamente las relaciones establecidas en algunos episodios de la historia del período en que se sitúa el inicio de la acción.

La manipulación histórica siempre es sorprendente cuando se trata de interpretaciones hechas por cronistas e historiadores, no obstante cualquier hecho histórico, al ser descripto, sufra la ficcionalización y, más aun, la orientación ideológica de quien lo relata. ¿Debería ser sorprendente cuando la historia ingresa en el terreno de la literatura, donde la ficcionalización es recurso rutinario? El autor del *Waltharius* demuestra aguzada capacidad artística al seleccionar material de bien conocidas fuentes literarias. La incorporación del símil de la encina es ejemplo evidente de su talento en este aspecto—y no el único.³⁴ El préstamo procede del canto cuarto de la *Eneida*. Allí, Virgilio se encarga de señalar, a lo largo de nueve versos, cuál es la contextura espiritual de Eneas. Toda la comparación describe su actitud imperturbable, en un pasaje donde el poeta enfatiza la lucha íntima que el héroe libra contra los ruegos de Ana, la hermana de Dido, y contra sus propios deseos. En el *Waltharius* el símil ha sido reducido a tres versos. No se necesitan más, porque la intención es marcar, no una fortaleza espiritual, sorda a ruegos recurrentes, sino la resistencia física de Valtario frente a la agresión de tres guerreros (rápidamente se suma Guntario) que intentan vencerlo; el poeta, antes de insertar el símil de la encina virgiliana, se preocupa por precisar que este módulo subraya la capacidad física del aquitano y asienta: *Manarunt cunctis sudoris flumina membris*, 999. Si Virgilio había hecho sentir en el símbolo de la encina su connotación cósmica, asociada con la divinidad, el autor del *Waltharius* la desacraliza, rescatando su natural cualidad de dureza (acorde con la que Virgilio le había conferido en las *Geórgicas*).³⁵

cluye: “tenemos a un autor a la búsqueda de un mito creador que, relacionando la realeza (creada de cabo a rabo por los carolingios para los carolingios) con los tiempos lejanos de los orígenes de los reinos burgundios y francos, mencionados junto a esta realeza ‘aquitana,’ no la relaciona por lo tanto con los nombres sin embargo conocidos de los reyes visigodos de esta época.” No parece suficiente argumento el origen aquitano de Ermoldo para elegirlo autor del *Waltharius*, sobre todo cuando el estilo panegírico de su *In Honorem Hludowici* se sitúa en los antípodas de aquel; inexplicable, además, es el hecho de que no haya reconocido como propio el poema y, en fin, cuál de los autores del período carolingio no fue diestro en el empleo de la ironía. Por otra parte, Godman, *Poets and Emperors* (véase n. 11) 74 y 78, había señalado, entre otras, las diferencias de estilo entre el autor del *Waltharius* y de Ermoldo en su panegírico a Ludovico.

³⁴ La desarticulación y recomposición de la *Eneida* por parte del autor del *Waltharius* es sistemática y recurrente; véase, a modo de comprobación, *Aen.* 12.708–709 y *W.* 822–823.

³⁵ En *Geórgicas* (2.288–297), Virgilio describe la encina, *aesculus*, con los atributos que volverá a usar en la del famoso símil de la *Eneida* (4.441–449); pero, en este último caso la inscribe con el término *quercus*, aludiendo a su particularidad de árbol consagrado a Júpiter y representativo del carácter heroico encarnado en Eneas, capaz de resistir el embate de las pasiones. Al escoger *aesculus* para representar a Valtario, el autor del poema demuestra conocer las diferencias de grado entre uno y otro término, así como las discriminaciones léxico-semánticas de Virgilio. Esta rearticulación prueba que Virgilio no es para la tradición posterior una cita culta que prestigia los conocimientos del autor, es quien ha compuesto, memorablemente, ciertas acciones que distinguen a quien las repone en su producción. En este sentido es, entonces, un instrumento que vale la pena emplear, no de manera mecánica, sino adaptado al contexto de destino.

El genio innovador del poeta no solo se manifiesta en la bien conocida y practicada técnica de la *imitatio*, donde, a veces, avanza hasta el centón, también se permite modificar episodios sustanciales de la saga del *Waltharius*. Uno de los más curiosos es el referido al momento central de lo que Langosch considera el *Lied* original del poema.³⁶ Para la tradición germana, la ambición de riqueza material y de gloria no constituía ningún desdoro. Por lo tanto, el relato original de las batallas con los guerreros de Guntario—cuya finalidad es o bien la obtención del tesoro que Valtario le ha arrebatado a Atila o bien la fama por haber vencido al aquitano o bien ambas—muy difícilmente hubiera registrado o promovido alguna clase de repudio. No obstante, el autor, sin duda un germano cristiano, le incrusta el famoso discurso contra la avaricia, produciendo una ruptura reflexiva en la secuencia de los combates marciales, caracterizados por la irracionalidad (*furia*, *ira* son sus motores). Las palabras de Haganón configuran una pieza de oratoria construida desde dos obras de Prudencio, *Psychomachia* y *Hamartigenia*,³⁷ que también tratan de combates (en particular, la primera), excepto por el hecho de que son espirituales. Con un aditamento: si las fuentes cristianas le adjudicaban a ese apetito, particularmente, el deseo nunca satisfecho de riquezas materiales, el autor del *Waltharius* insiste sobre una característica de orden moral: el de la fama o renombre o, como lo califica, gloria vil.³⁸

Tales habilidades literarias para subvertir y recomponer pasajes y obras bien conocidas por los receptores de su tiempo, procurando ajustarlos al contexto específico de su narración, ¿no habrían estado presentes cuando incorporó, alterándolas, circunstancias históricas del pasado, con la intención de valorar críticamente las del presente en que escribió el poema? Si en la épica se encuentran codificados los ideales y aspiraciones de una comunidad en el momento de su consolidación, no debería ser sorprendente que el autor hubiera modificado el material primigenio de la historia para responder a las expectativas de un imaginario bastante distinto al de su versión original. Por un lado, la saga del *Waltharius*, la narración original de la leyenda, anterior al público monástico del siglo IX o X, no lo tuvo en cuenta. Por el otro, el autor del *Waltharius* no estaba obligado a ceñirse a la leyenda o a la tradición histórica; en ver-

³⁶ Si seguimos a Karl Langosch, “*Waltharius*.” *Die Dichtung und die Forschung* (Darmstadt 1973) 14–30, para quien el *Lied* original del poema está constituido por las batallas con los guerreros de la guardia de Guntario, cabe preguntarse cuál fue la intención del autor del *Waltharius* al adjuntarle la primera y la última parte. Para las fuentes, véase también Jan M. Ziolkowski, “Fighting Words: Wordplay and Swordplay in the *Waltharius*,” *Germanic Texts and Latin Models. Medieval Reconstructions*, K. E. Olsen, Antonina Harbus, Tette Hofstra, eds. (Leuven-Paris 2001) 29–30.

³⁷ Cotéjese *W.* 513–515 con *Psych.* 569–609 y *Ham.* 255–260. El sentimiento grecolatino sobre la calidad espiritual del botín épico es recogido por los cristianos, continuadores de la tradición; al respecto, véase Tertuliano, *Apol.* 1.10.

³⁸ El relator señala la aspiración de Patafrido: *Arsit enim venis laudem captare cupiscens* (854), y Haganón lo repudia: *Et vili pro laude cupit descendere ad umbras* (871). El discurso ausculta en doble dirección, por un lado, recapitula críticamente los combates acaecidos y, por el otro, anticipa el desenlace de los futuros (movidos por el mismo pecado), al tiempo que los censura en su totalidad. En cuanto al valor asignado a la avaricia en el cristianismo, entre muchos, citamos la autoridad de Isidoro de Sevilla, *Etym.*, ed. W. M. Lindsay (Oxford 1962) 10.9: *Avarus ex eo dictus, quod sit avidus auri, et numquam opibus expleatur, et quantum plus habuerit tantum plus cupiat, Flacci super hoc concordante sententia, qui ait (Epp. I, 2, 56): Semper avarus eget. Et Sallustius (Cat. 11, 3): ‘quod neque avaritia e copia, neque inopia minuat’*; y en *Dif.* 1.331 (PL 83.44B): *sicut libido habendi pecuniam, quae avaritia nominatur*, que sin duda procede de su conocimiento de las Escrituras; así Lc. 12.15: *videte et cavete ab omni avaritia quia non in abundantia cuiusquam vita eius est ex his quae possidet*. Véase n. 76.

dad, podía—y, de hecho, lo hacía—combinarlas según sus intereses, ya fueren literarios o políticos; más aun, el *Waltharius* podría haber sido recitado en reuniones de letrados, pero ello no garantizaba que la versión escrita la reprodujera al pie de la letra; la literatura tiene que ser lógica, la historia puede ser alógica.³⁹

Esta no es sino una especulación más de las muchas que se han hecho sobre el significado del poema; entre muy variadas, no habría que desdeñar otra: si incorporamos como parte del poema el *Prologus Geraldī*, toda la obra sería no solo una completa ficción (más allá de que respondiera a la nueva legitimación heroica, basada exclusivamente en la habilidad de su protagonista para volver a su patria y conducir a su pueblo), sino que su finalidad consistiría en la que allí se expresa: entretener (diversificando los cantos de alabanza a Dios) para acortar las interminables horas del día.⁴⁰ Si así fuere, las tergiversaciones y travestismos históricos, ironías y sarcasmos habituales a lo largo de la obra (el aliento final podría ser considerado una ironía cósmica: *Vos salvet Iesus*, 1456), serían, en principio, un divertimento literario, destinado a probar las capacidades intelectuales de un público capaz de entender latín, de exquisito refinamiento cultural, muy del gusto de las cortes carolingias.⁴¹

No obstante, todo entretenimiento es expresado por personajes que, de uno u otro modo, reflejan circunstancias sociales y políticas de la época en que nace la obra, independientemente de que su ficción se sitúe en un pasado bastante lejano. De uno u otro modo, el *Waltharius* nos coloca ante la encrucijada de su finalidad; de uno u otro modo, resurge el problema de la época en que se escribió. Una diferencia de apenas cincuenta años en el siglo IX hablaría de destinatarios e interpretaciones muy disímiles. El nombre de su autor nos proporcionaría certezas sobre sus conocimientos y habilidades literarios, intereses, relaciones con el poder. En suma, posibles sentidos de su relato.

³⁹ Erich von Richthofen, *Nuevos Estudios Épicas Medievales* (Madrid 1970) 9, señala que “en la épica medieval los poetas semicultos, al componer sus obras, se inspiraban parcialmente ya en la leyenda popular, ya en la tradición histórica; más aún, frecuentemente combinaron entre sí diversos motivos legendarios y hechos históricos heterogéneos.” Por su parte, Rosamond McKitterick, “The Written Word and Oral Communication: Rome’s Legacy to the Franks,” *Latin Culture and Medieval Germanic Europe. Germania Latina I*, Richard North, Tette Hofstra, eds. (Groningen 1992) 93, destaca: “It is conceivable that both the *Waltharius* and the *Ludwigslied* were first recited at feast in a lord’s hall, but were later transcribed to accord with the needs of those accustomed to writing, or, more probably, as a deliberate attempt to preserve and record them.” Coincidentemente, en la misma obra, Norbert Voorwinden, “Latin Words, Germanic Thoughts—Germanic Words, Latin Thoughts. The Merging of Two Traditions,” 115, señala que uno de los poemas épicos que puede ser considerado como evidencia circunstancial de la supervivencia de la poesía heroica oral es el *Waltharius*. En cuanto a la relación entre literatura e historia, exhaustivo estudio sobre el tema proporciona Wesley Trimpi, “The Ancient Hypothesis of Fiction: an Essay on the Origins of Literary Theory,” *Traditio* 27 (1971) 1–78, particularmente 43–60. Véase Aristóteles, *Poét.* 1451a–1451b.

⁴⁰ *W.* 19–20: *Ludendum magis est dominum quam sit rogitandum, / perlectus longaevi stringit inampla diei.*

⁴¹ Sobre la vida intelectual de las cortes carolingias, véase Jacques Paul, *Historia Intelectual del Occidente Medieval* (Madrid 2003) 153–172. Arthur Haug, “Gerald und Erckambald—Zum Verfasser—und Datierungsproblem des ‘Waltharius,’” *Jahrbuch für Internationale Germanistik* 34.1, Hans-Gert Rollof, ed. (2002) 202, consigna que en las reuniones que seguían a los banquetes se recitaban no solo poemas, sino también historias y hechos antiguos, aludiendo a aquellos *carmina gentilium* que menciona Alcuino; véase n. 74. El *Waltharius* también integra esos *carmina gentilium* y, de hecho, podría haber sido recitado por un lector durante la comida, según relata Eginhardo, *Vita Karoli Magni*, MGH *SS rer. Germ.* 25⁶, Georgius H. Pertz, Georg Waitz, eds. (Hannover 1911) 29: *Inter caenandum aut aliquod acroama aut lectorem audiebat. Legebantur ei historiae et antiquorum res gestae.* Véase Richard North, *The Origins of Beowulf. From Vergil to Wiglaf* (Oxford 2006) 132–143.

En cuanto a Atila, los historiadores del período no solo registran y describen su figura sino también la del general romano Aecio, quien tiene con Valtario algunas coincidencias notables: fue rehén de los hunos (quizás entre 411–414), estuvo al mando de las tropas hunas y, finalmente, los venció o, al menos, desalentó de establecerse en los territorios del Imperio (en el año 452). El conocimiento que Aecio tenía de la estrategia bélica de sus antiguos aliados, por la experiencia adquirida en su convivencia junto a ellos, debe haber sido uno de los factores que le permitió derrotarlos o disuadirlos. Luego, ya entre los romanos, obtuvo el título de *Patricius*, “título honorífico que distinguía al comandante militar o al funcionario de alto rango que en el siglo V ejercía un poder real a la sombra del trono.”⁴²

Este tipo de vivencias no fue privativa de Aecio, por el contrario, parece que se trató de una práctica bastante común en la vida de la época; al respecto, otra relevante figura de ese tiempo turbulento, Teodorico el Grande (hijo de Thiudimir), llamado el Amalo (héroe epónimo de su linaje, 454–526), fue rehén del emperador bizantino León I, en el año 476 fue adoptado por el emperador de Constantinopla, Zenón, como su “hijo de armas,” lo llamó “amigo,” lo nombró jefe de las tropas romanas del este y le otorgó el título de *Patricius*.⁴³ Experiencias, desempeños, circunstancias, todos ellos coincidentes con la foja de servicios de Valtario (aunque las secuencias de la historia y de la narración respectivas sean distintas), en un relato escrito varios siglos después de los acontecimientos históricos a los que alude en su inicio y que informan del conocimiento profundo del autor del *Waltharius* sobre las costumbres de los pueblos bárbaros durante el largo período de invasiones que siguió a la caída del Imperio Romano, cuyo denominador común fue la confusión.⁴⁴

Con todo, si bien es cierto que la práctica de tomar rehenes fue habitual durante la Edad Media, lo que podría parecer fiel reproducción histórica de costumbres—ejercidas por distintos pueblos en el período en que se sitúa el comienzo de la acción—rápidamente es desvirtuado por detalles que no se encuentran en la historia: Valtario no es un rehén solitario, lo acompaña su prometida. En la primera parte de la narración destaca la defensa de la identidad ante el intento de Atila y su mujer por retener y convertir al guerrero aquitano a la causa de los hunos. Esta conducta podría proceder de la idiosincrasia cultural de los hunos (adoptada por los godos), quienes consideraban la emigración y separación del cuerpo tribal como un delito grave.⁴⁵

⁴² Descripción de Heather, *La Caída del Imperio Romano* (véase n. 15) 613; semblanza de Aecio, 333–336, 360–371.

⁴³ Véase Herwig Wolfram, *Histoire des Goths* (Paris 1990) 277 y 285–287; idem, *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (véase n. 30) 200 y 206. Teodorico había ayudado a Zenón a recuperar el trono. Los amalos, para los ostrogodos, y los bálthicos (la otra rama del pueblo godo), para los visigodos, se consideraban familias de reyes y héroes.

⁴⁴ Jacques Le Goff, *La Civilización del Occidente Medieval* (Barcelona 1999) 28, describe ese momento: “Confusión originada en primer lugar por la mezcla de invasores. A lo largo de su camino las tribus y los pueblos combaten unos contra otros, se esclavizan mutuamente, se entremezclan. Algunos forman confederaciones efímeras, como la de los hunos, que integran en su ejército los restos de ostrogodos, alanos y sármatas vencidos. Roma intenta jugar la baza de enfrentar unos contra otros, se esfuerza por romanizar precipitadamente a los primeros llegados para hacer de ellos un instrumento contra los demás, aun más bárbaros.”

⁴⁵ Wolfram, *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (véase n. 30) 142, completa esta característica de los hunos, señalando: “Thus it was said that whoever ran away from the Huns showed his contempt also for the Goths and lost his own identity, which was more highly regarded even than Attila's nobi-

También sobresale una característica de la epopeya clásica: la preservación de la palabra (empeñada en el pacto matrimonial que habían sellado antiguamente los padres de Valtario e Hildegunda) y su confirmación, manifestada en la ineludible voluntad de la pareja por volver a la tierra natal.⁴⁶ En este apartado no es menos importante la incrustación del mensaje moral sobre las reglas que debían observar los personajes de sangre real, como modelos de conducta, en su convivencia prematrimonial, acorde con las normas de restauración moral decretadas por Carlomagno.⁴⁷

Sea como fuere, la referencia e inclusión en el relato de personajes cuya existencia está registrada y documentada por los cronistas de la época (Atila, en particular, y Guntario-Haganón, aunque trastocada la nacionalidad) denuncia el basamento histórico sobre el que está construido el *Waltharius*, así como la ineludible atención que se le debe prestar. Pese a ello, la historia no transforma el relato en una crónica (estilo con que comienza el *Waltharius*), ahogando la libre creación poética; en tanto poema épico, convierte la materia histórica en sustrato de la ficción y, al mismo tiempo, la ficcionaliza. El procedimiento no es nuevo, desde Nevio y Enio los poetas épicos mezclaron historia y leyenda.⁴⁸ Consecuentemente, los personajes pueden ser reconstruidos de acuerdo con las intenciones que se haya fijado el poeta, no subordinadas a comprobar o desmentir los datos históricos de tal o cual período, remoto o cercano al de su época de composición, no obstante lo refleje.

El material histórico, entonces, puede servir como sustrato inicial del relato, los personajes pueden tener características de personajes de la época, sin que deban ajustarse rigurosamente a los que consigna la historia para cada uno. El pasado histórico o mítico puede ser reconstruido e, incluso, profundamente alterado, según las expectativas de la sociedad en la que la obra surge y a la que representa. La *Eneida* es ejemplo acabado de estos procedimientos, pues la leyenda conecta con la historia de Roma en una relación de interpretaciones recíprocas, que pueden afectar narraciones legendarias, pertenecientes a otros pueblos, y terminan revirtiendo sobre el sentido de las fuentes originales.⁴⁹ El poeta, además, puede formar parte de una corte con muy claras ideas sobre educación y política, aspectos que, interrelacionados, se retroalimentan constantemente. En este sentido, Carlomagno inaugura un período de rescate y

lity.”

⁴⁶ De entre los varios pasajes, donde se manifiesta la conciencia del exilio sufrido, hay algunos que mencionan expresamente el sentimiento de nostalgia y pertenencia a la patria de nacimiento, tanto en boca de Valtario (*Ille dehinc: piget exilii me denique nostri / Et patriae fines reminiscor saepe relictos*, 251–252), cuanto en la de Hildegunda (*Hinc odium exilii patriaeque amor incubat inde*, 354).

⁴⁷ *W.* 426–427: *Namque fugae toto se tempore virginis usu / Continuit vir Waltharius laudabilis heros.* Carlomagno legisó incluso sobre la conducta que debían guardar los cónyuges en caso de que uno de los dos faltara; en su *Admonitio Generalis*, 43: *ut nec uxor a viro dimissa alium accipiat virum vivente viro suo, nec vir aliam accipiat vivente uxore priore*, *MGH Leges, Capitularia Regum Francorum I*, Alfredus Boretius, ed. (Hannover 1883) 56.

⁴⁸ Véase Antoine Foucher, *Historia proxima poetis* (Paris 2000) 71. El recurso había sido señalado por Jacques Perret, *Virgile* (Paris 1965) 97, a propósito de la *Eneida*: “chaque événement de la narration légendaire est à la fois symbole et cause d’une histoire qui lui est ainsi doublement rattachée.” Paul Ricoeur, *La Mémoire, l’Histoire, l’Oublie* (Paris 2000) 341, explica la ficcionalización del discurso histórico como “entrecroisement de la lisibilité et de la visibilité au sein de la représentation historique.”

⁴⁹ Basta recordar su desempeño secundario en la acción de la *Ilíada*, mencionado por Hesíodo en la *Teogonía*, y el notable desarrollo de su leyenda en la *Eneida*; otro tanto puede decirse de Dido, cuyas diversas leyendas cristalizan según las intenciones de Virgilio.

renovación de la cultura, asociada a una concepción bien definida del papel que le cabe al estado en la organización de la sociedad.⁵⁰

El *Waltharius* exhibe estas diferencias entre ficción e historia cada vez que se quiere ajustar a comprobación histórica (por alusiones generadas desde el relato) algún pasaje o algún personaje; en ese momento los senderos se bifurcan, los datos se superponen y confunden, las características de un personaje no son las que corresponden a la figura histórica que el personaje representa, sino a otra u otras de la época, o de otra época, con la que se relaciona por aspectos colaterales; la geografía de una región históricamente conocida no coincide con los datos aportados en el texto, los caminos escogidos para trasladarse de un lugar a otro discrepan con los conocidos de la época en que el poema sitúa la acción.⁵¹ Otros datos, en cambio, concuerdan con los registros históricos y con las características de la sociedad a la que se circunscribe la acción del poema.⁵²

En principio y como regla general, la poesía no se interesa por ser historia. La delimitación está claramente expresada en los orígenes de la cultura occidental. En su *Poética* Aristóteles había especificado los alcances de una y otra, oponiendo al requisito de realidad concreta de los acontecimientos (propio de la historia), el de la verosimilitud (para la poesía).⁵³ En el caso de una obra que se refiere a sucesos históricos, las disímiles variantes son posibles porque, además de la historia oficial, escrita, registrada, también existe—sobre todo, de hechos cruciales para un pueblo en determinado período—la historia legendaria, oral de esos acontecimientos. No solo una vida legendaria,⁵⁴ una misma batalla, por ejemplo, pueden tener versiones distintas según quien la relate, el vencedor o el vencido o un observador neutral (el enfrentamiento de Atila y el papa León Magno es el mejor ejemplo de controversia al re-

⁵⁰ Certera descripción de la política cultural de Carlomagno y sus sucesores realiza Wetherbee, “From late Antiquity to the twelfth century” (véase n. 20) 111–120. Para una visión más amplia de todos los aspectos culturales, véase “*The Gentle Voices of Teachers*”: *Aspects of Learning in the Carolingian Age*, Richard E. Sullivan, ed. (Michigan 1995); y en *Charlemagne, Empire and Society*, Joanna Story, ed. (Manchester 2005), los trabajos de Rosamond McKitterick, “The Carolingian Renaissance of Culture and Learning,” 151–166, y de Neil Christie, “Charlemagne and the Renewal of Rome,” 167–182.

⁵¹ De Ospirin, por ejemplo, nombre de la esposa de Atila en el poema, no tenemos registro histórico; se conocen los de Kreka/Hreka e Hildico; Ospirin/Aspirin: “Osa celeste,” nombre de Germania meridional, véase Benedikt Konrad Vollmann, *Frühe deutsche Literatur und lateinische Literatur in Deutschland 800–1150* (Frankfurt am Main 1991) 1192. D’Angelo, *Waltharius*, 173, 182, 185, señala varias divergencias entre los datos aportados en el poema y los registros histórico-geográficos de la época en que sitúa la acción.

⁵² Es el caso de Wormatia, en el poema sede real de los francos (*Wormatiam, regali sede nitentem*, 433), fundada por Clodoveo I, en 486, sobre Worms, sede real de los burgundios, destruida en 436. El sustrato ético del poema responde al principio de autoridad aristocrático de la época (*Si tamen in dominum licitum est irascier ullum*, 633). La relación de Hildegunda y Valtario refleja las características de la sociedad feudal, cristiana, del período carolingio; véase John O. Ward, “After Rome: Medieval Epic,” *Roman Epic*, Anthony J. Boyle, ed. (London-New York 1996) 282–285.

⁵³ Aristóteles, *Poética*, ed. I Bywater (Oxford 1911) 1451b: “Pues el historiador y el poeta no difieren porque uno cuenta en prosa y otro en verso ...; la diferencia reside en que uno cuenta cosas que han sucedido y el otro cosas que podrían suceder. Por eso la poesía es más profunda y más elevada que la historia; pues la poesía cuenta más bien lo general, la historia lo particular.” Quintiliano (10.1.90) valora a Lucano como orador, no como poeta; en su *Satyricón*, Petronio volvió sobre el tema (108.6) y, posteriormente, Servio (*ad Aen.* 1.382). Véase la interpretación de Donald A. Russell, *Criticism in Antiquity* (Berkeley-Los Angeles 1981) 91.

⁵⁴ Baste pensar en la construcción del personaje y de la leyenda de Eneas que lleva a cabo Virgilio, al frente de un pueblo vencido y perseguido, con sus diferentes y a veces contradictorios episodios, y cuyas huellas discordantes pueden apreciarse en la *Eneida* gracias a su inconcluso estado.

specto), por el contrario, puede tener un registro o varios, escritos u orales. Si fuera más de uno (el caso de Atila es paradigmático en este sentido)⁵⁵, el narrador escogerá para su relato el que más convenga a sus intenciones. No obstante, tal como consignaremos más adelante, a la manipulación de los circunstanciales narradores, debe sumarse la que los gobernantes, por motivos políticos, propulsaron, impusieron—y exigieron que sus biógrafos asentaran—con respecto a sus genealogías. Si la literatura no se interesa por ser historia, el problema se acentúa cuando la historia es deliberadamente tergiversada para exhibir un linaje considerado prestigioso.

La cultura germánica—si seguimos a Tácito—es sumamente controvertida en este aspecto, pues los cantos heroicos constituían la única forma de historia conocida, transmitida oralmente de generación en generación por la memoria. La frase de Eginhardo, recordando que Carlomagno había ordenado recoger por escrito los *barbara et antiquissima carmina*, se ajustaría a esa afirmación.⁵⁶ Cualquier pueblo, al componer un nuevo canto, desarrollando una parte poco destacada de una narración épica conocida, puede reiterar los sucesos históricos y míticos para hablar de los de un pasado reciente o para impedir el olvido de un acontecimiento crucial;⁵⁷ pero también puede alterarlos, para aludir a los del presente del autor, a los que, por las presiones abiertas

⁵⁵ Próspero de Aquitania, en el siglo V (contemporáneo de Atila), apenas menciona la muerte del rey huno y las luchas por la sucesión al trono, *Chronicon*, PL 51.604: *Attila in sedibus suis mortuo magna primum inter filios ipsius certamina de obtinendo regno exorta sunt*. De igual modo, Idacio, *Chronicon*, P L. 51, 883: *et ita subacti, pace facta cum Romanis proprias universi repetunt sedes, ad quas rex eorum Attila mox reversus interiit*. Un siglo después, en cambio, Marcelino Comes consigna detalles en los que se advierten marcas de la tradición oral, *Chronicon*, PL 51.929: *Attila rex Hunnorum Europae orbator provinciae noctu mulieris manu cultroque confoditur, quidam vero sanguinis reiectione necatum perhibent*. En su historia de los godos—basada en la de Prisco—Jordanes amplía la referencia con datos diferentes, *Get*. 49.254 (véase n. 6) (subrayo el módulo): *Qui, ut Priscus historicus refert, exitus sui tempore puellam Ildico nomine, decoram valde sibi in matrimonio post innumerabiles uxores, ut mos erat gentis illius, socios; eiusque in nuptiis hilaritate nimia resolutus, vino somnoque gravatus, resupinus iacebat, redundans sanguis, qui ei solite de naribus effluebat, dum consuetis meatibus impeditur, itinere ferali faucibus illapsus eum extinxit ... Sequenti vero luce cum magna pars diei fuit exempta, ministri regii, triste aliquid suspirantes, maximos fores effringunt inveniuntque Attilae sine ullo vulnere necem, sanguinis effusione peractam, puellamque dimisso vultu sub velamine lacrimantem*. En el siglo X, los *Annales Quedlinburgenses*, MGH SS rer. Germ. 72, Martina Giese, ed. (Hannover 2004) 415, profundizan la referencia de Marcelino Comes: *Attila, rex Hunnorum et totius Europae terror, a puella quadam, quam a patre occiso vi rapuit, cultello perfossus interiit*. David Rohrbacher, *The Historians of Late Antiquity* (New York 2002) 225–228, ofrece un retrato acabado sobre las contradictorias referencias que diversos historiadores del período hicieron de Atila y su pueblo, de los distintos registros sobre sus acciones y de los comportamientos de quienes lo conocieron en la paz o lo enfrentaron en la guerra.

⁵⁶ Tácito, *Ger.*, ed. H. Furneaux (Oxford 1962) 2.3: *Celebrant carminibus antiquis, quod unum apud illos memoriae et annalium genus est*. El inicio del *Hildebrandslied* testimonia el carácter y transmisión orales de esas composiciones con su “así oí decir”: *Ik gihorta dat seggen* (codex Casselanus). Eginhardo, *Vita Karoli Magni* (véase n. 41) 29: *Item barbara et antiquissima carmina, quibus veterum regum actus et bella canebantur, scripsit memoriaeque mandavit*. También Jordanes, *Get*. 4.28 (véase n. 6), consigna que los godos recordaban su historia con cantos: *quemadmodum et in priscis eorum carminibus, pene historico ritu, in commune recolitur. quod et Ablavius, descriptor Gothorum gentis egregius, verissima attestatur historia*. John L. Flood, “Literary theory and practice in early-medieval Germany,” *The Cambridge History of Literary Criticism*, vol. II, *The Middle Ages*, Minnis and Johnson, eds. (Cambridge 2005) 328, especifica que el epíteto—*barbarus*—utilizado por Eginhardo para referirse a los cantos, significa “no latino,” “vernacular,” sin el sentido peyorativo que poseía el término en griego.

⁵⁷ En el año 796 Carlomagno derrota a la ávaros, hecho a partir del que comienza la expansión y consolidación del poder carolingio; Eginhardo habla de la campaña de Carlomagno contra los ávaros o hunos (*Vita Karoli Magni*, 13: *contra Avaros sive Hunos*); los hunos son llamados ávaros en el *Waltharius*. No habría que desdeñar un cruzamiento alusivo entre los sucesos del siglo V y los del reinado de Carlomagno. Véase Matthew Innes, “Charlemagne’s Government,” *Charlemagne, Empire and Society* (véase n. 50) 75–85.

o encubiertas del poder de turno, no puede referirse sino con nombres y contextos cambiados. Un viejo recurso que los comediógrafos latinos ya habían practicado.

Ahora bien, si personajes históricos como, entre otros, Atila, Guntario y Haganón reaparecen en distintas obras medievales con nombres similares, representando a pueblos disímiles pero emparentados,⁵⁸ parece bastante razonable pensar que algunos episodios históricos de la tardía Antigüedad se constituyeran en material básico de distintas leyendas heroicas medievales. A. Wolf ve en la historiografía romana de ese período registro de las primeras alusiones a las migraciones de pueblos del este y a sucesos bélicos de los que nacieron tradiciones épicas de gran repercusión en la literatura medieval. Según su opinión, son tres los núcleos temáticos de clara procedencia histórica en que se originarán diferentes narraciones épicas: la derrota de los burgundios (en 436), los sucesos (entre 451 y 453) que rodearon la muerte de Atila, finalmente, la muerte de Ermanarico (en 375) y el reino de Teodorico (en la primera mitad del siglo VI). Los dos primeros pertenecen al mismo núcleo temático (aunque originalmente no tuvieran relación entre sí), los dos últimos se vinculan con la historia de los godos.⁵⁹ Las gestas épicas de los godos subyacen en el presente espiritual de los carolingios con la figura de Teodorico el Grande (más allá del rechazo que habría podido generar su figura, por tratarse de quien persiguió y eliminó a Boecio), centro de la edad heroica del período de las migraciones, primera edad de las tres que sobre la historia del monasterio describe el *Chronicon Novaliciense*.⁶⁰

Teodorico, seguidor de Arrio, participa de la acción de uno de los más célebres poemas compuesto en lengua vernácula (entre 830-840), *Hildebrandslied*, que tiene con la tradición antigua, grecolatina y germana, y con el *Waltharius*, acentuados paralelismos temáticos: el guerrero Hildebrando tuvo que pelear contra su propio hijo—motivo de la literatura griega e irlandesa antigua—huyó con Teodorico de la ira de Odoacro, probablemente a la corte de los hunos, cuyo rey es, presumiblemente, Atila.⁶¹ En su huida había abandonado esposa e hijo; al regresar de su prolongado exilio se enfrenta con su hijo. Murdoch señala que el contexto del *Hildebrandslied* es una historia deformada de los sucesos que, en el siglo V, tuvieron por protagonista al rey ostrogodo Teodorico, quien, según la leyenda, fue obligado a exiliarse de su legítimo reino por Odoacro, el hombre al que, en la historia genuina, mató (en 493)

⁵⁸ Frente a otros personajes históricos, cuya nacionalidad no es estable, el nombre de Atila, en cambio, nunca deja de estar vinculado a los hunos; las variantes solo se presentan en cuanto a su carácter.

⁵⁹ Alois Wolf, "Medieval Heroic Traditions and their Transitions from Orality to Literacy," en *Vox Intexta. Orality and Textuality in the Middle Ages*, Alger N. Doane, Carol B. Pasternack, eds. (Madison 1991) 69 ss. Wolf pasa por alto que la muerte de Ermanarico o Ermenrico, rey de los greutungos, se relaciona también, como el primer núcleo temático, con los hunos, particularmente con el ataque de los hunos a distintos pueblos de origen godo, como los greutungos; véase Amm. 31.3.2. A las fuentes temáticas citadas por Wolf como formantes de la épica, sobre todo, medieval, habría que agregar el sustrato literario aportado por la constante rearticulación de la obra de Virgilio; véase Rubén Florio, "Literatura e Historia en la Tardía Antigüedad. Rupturas, continuidades, conexiones," *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti,"* 7 (2008) 159–170.

⁶⁰ *Cronaca di Novalesa*, Gian Carlo Alessio, ed. (Torino 1982). El monasterio de la Novalesa, fundado en 726 por Abón, gozó del favor y la generosidad de Carlomagno; véase el completo informe de Patrick J. Geary, *Phantoms of Remembrance. Memory and Oblivion at the End of the First Millennium* (Princeton 1994) 116–123.

⁶¹ "forn her ostar giheit, floh her Otachres nid, / hina miti Theotrihhe enti sinero degano filu." (Antaño cabalgó [Hildebrando] hacia Saliente junto con Teodorico y muchos de sus paladines, huyendo de los retores de Odoacro.) Teodorico era conocido también como Dietrich von Bern.

para asegurar su realeza de Italia. Cuando se refugia en la corte de los hunos, Atila no podía ser el rey, pues había muerto (453) antes de que Teodorico naciera (454). Finalmente, en la leyenda, Teodorico, acompañado por Hildebrando, vuelve para pelear y recuperar su país. La histórica traición de Teodorico, quien mató a Odoacro, fue modificada en la leyenda para, presumiblemente, no desvirtuar su posterior éxito como rey ostrogodo de Italia, que gobernó hasta su muerte, en 526.⁶²

Todos los cruciales acontecimientos históricos que hemos consignado se relacionan con la inestabilidad del gobierno romano y las consiguientes e ininterrumpidas luchas por la supremacía, dentro de cada comunidad o entre comunidades. Esas contiendas, además, llegaban a evocar héroes de un pasado tan controvertido, según sus diversas reescrituras, que había terminado por volverse legendario, igualando en jerarquía heroica a figuras históricas del presente.⁶³ El constante estado de guerra que se percibe a lo largo de la narración del *Waltharius* no solo memora el del período carolingio, sino también el que siguió a la caída del Imperio Romano, cuando el hasta entonces centralizado poder fue reclamado y disputado por las nuevas dinastías de los más diversos pueblos.

La diversidad nacional también se encuentra a lo largo de la narración: francos, burgundios, aquitanos, hunos, sajones, con mención a comunidades de procedencia, como Pannonia (Hystrum), Cabillonis, Worms, Argentina, Spira, o, indirectamente, con marca cultural, por el tipo de arma utilizada. Pero el prestigio de los distintos actores se relacionaba directamente con su origen. Y el origen más antiguo al que se puede aspirar tiene su primera detención en el pueblo romano (cuyo Imperio asimila cada una de las invasiones bárbaras) y, por su intermedio, la más remota en el troyano. La genealogía, como apunta Wolfram, nunca fue mera literatura; por el contrario, constituyó un elemento crucial en la educación y existencia aristocrática y real. Se basó en la memoria de los orígenes divinos. Estas genealogías son, por supuesto, literatura, pero su mensaje sirvió a los propósitos de quienes se las apropiaban, con la intención de legitimar la realeza por medio de tradiciones étnicas, sin que importara cuán profundamente se enraizaran en una “genuina” memoria oral.⁶⁴ Carlomagno es, probablemente, el mejor ejemplo de este recurso. Los intelectuales de su corte lo llamaban David y hablaban de una recuperación de Atenas y de Roma; su aspiración a entroncar con un pasado troyano podría encubrir la intención de reunir en su figura—fuere o no por él promovida esta idea—los símbolos políticos y religiosos más significativos de aquella tradición. El emplazamiento de una estatua ecuestre de Teodorico en los jardines de su palacio en Aachen y la orden de que se recopilaran los antiguos cantos leg-

⁶² Véase Brian Murdoch, “Heroic Verse,” *German Literature of the Early Middle Ages*, II, Brian Murdoch, ed. (New York 2004) 122–127. Matthew Innes, “Teutons or Trojans? The Carolingian and the Germanic Past,” *The Uses of the Past in the Early Middle Ages*, Yitzhak Hen, Matthew Innes, eds. (Cambridge 2000) 241, señala que la más importante alusión a la leyenda de Teodorico se encuentra en el *Hildebrandslied*.

⁶³ El caso de Ermanarico, equiparado con Alejandro Magno en el relato de Jordanes, *Get.* 23.116 (véase n. 6): *Hermanaricus, nobilissimus Amalorum ... quem merito nonnulli Alexandro Magno comparavere maiores*.

⁶⁴ Herwig Wolfram, “Origo et Religio. Ethnic traditions and literature in early medieval texts,” *From Roman Provinces to Medieval Kingdoms*, Thomas F. X. Noble, ed. (New York 2006) 81 y 83.

endarios de su pueblo mostrarían, por otra parte, que era consciente de su oscuridad con respecto a pertenencia étnica y política.⁶⁵

Algunos de los pueblos que invadieron y se asentaron en el Imperio Romano, convirtiéndose luego en sucesores de su legado cultural, procuraron conectar con un pasado romano para, finalmente, reclamar un origen troyano. Los francos, en particular, cultivaron ese recurso según sus finalidades políticas.⁶⁶ Este es el origen de Haganón en el *Waltharius*, marcado por dos veces, con mención explícita y por alusión a la diáspora troyana (*Nobilis hoc Haganon fuerat sub tempore tiro / Indolis egregiae, veniens de germine Troiae, 27–28; Sicamber, 1435*).⁶⁷ Haganón es franco;

⁶⁵ El poema de Walafrido Estrabón, *De imagine tetrici* (Michael W. Herren, ed. y trad. *The Journal of Medieval Latin* 1 [1991] 118–139), dedica a Teodorico la parte central de su desarrollo. La obra está inspirada en la estatua ecuestre de Teodorico que trajo Carlomagno de Ravena en el 801 y emplazó en su palacio de Aachen. En un pasaje del poema el autor alude claramente a la aspiración de la corte carolingia (en tiempos de Carlos el Calvo) de constituirse en heredera del legado romano: *Cedant magna tui, super est, figura colossi, / Roma: velit Caesar magnus, migrabit ad arces / Francorum, quodcumque miser conflaverit orbis* (215–217); véase detallada información e interpretación al respecto en Godman, *Poets and Emperors* (véase n. 11) 133–145. La tesis de Michael Richter, *The Formation of the Medieval West: Studies in the Oral Culture of the Barbarians* (Dublin 1994) 135, centrada en la insuficiente información histórica que habría tenido Carlomagno de Teodorico y que habría privilegiado sus hazañas por las sagas heroicas de tradición oral, es bastante débil.

⁶⁶ Ostrogodos, como Teodorico, y francos, como Carlomagno, retroceden hasta el mismo origen a la hora de exhibir su linaje; Wolf, “Medieval Heroic Traditions” (véase n. 59) 71–71. Wolfram, “Origo et Religio” (véase n. 64) 81, recuerda algunos casos al respecto: “Since high prestige depended on a long list of ancestors, old traditions were always attractive and thus became politically relevant. When Constantine the Great was no longer happy with his father’s low origins he made him a Flavius, a descendant of the venerated imperial dynasty of the first century AD. When Theodoric the Great, in 484 at the latest, received the Roman citizenship, his Amal family also became Flavians. It goes without saying that neither Constantine nor Theodoric were biological descendants of Vespasian, Titus or Domitian.” Gilbert Highet, *La Tradición Clásica* (México 1954) 1.92, comenta la tradición de que Casiodoro hubiera elaborado para Teodorico un árbol genealógico troyano. Rosamond McKitterick, *Perceptions of the Past in the Early Middle Ages* (Notre Dame 2006) 26–28, al revisar el año 741 del *Chronicon Universale*, destaca: “What is most striking about the text, however, is that it thoroughly incorporates the history of the Franks into the narrative from the destruction of Troy onwards. The brothers Aeneas and Frigas left Troy together, and it was from one part of Friga’s descendants that the Franks emerged ... This claim of descent from Trojans, seen within the context of knowledge of the Romans’ descent from Trojans, of course makes the Franks brothers of the Romans.” En *History and Memory in the Carolingian World* (Cambridge 2004) 86, McKitterick había destacado: “The Franks inherited historical traditions from the Jews, the Romans and the early Christians but exploited them within their own chronological and political schemes for their own ends.” En un amplio informe Maria Teresa Fattori, “I santi antenati carolingi fra mito e historia: agiografie e genealogie come strumento di potere dinastico,” *Studi Medievali* 2 (1993) 487–561, demuestra el interés de los carolingios por conectar su genealogía con el pasado troyano. Véase también Chris Wickham, *The Inheritance of Rome, A History of Europe from 400 to 1000* (New York 2009) 382–385.

⁶⁷ La primera mención exime de todo comentario; la segunda muestra el conocimiento refinado del autor con respecto a la leyenda que relatava la emigración troyana después de la caída de la ciudad. El gentilicio lo relaciona con Clodoveo (rey de los francos, vencedor de los visigodos en Vouillé, en 507), pues así lo denomina el obispo Remigio de Reims al bautizarlo, según cuenta Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, II.31, MGH *SS rer. Merov.* 1, Bruno Krusch, ed. (Hannover 1937) 77: *Cui ingresso ad baptismum sanctus Dei sic inquit ore facundo: ‘Mitis depona colla, Sigamber’*. El autor del *Liber Historiae Francorum*, MGH *SS rer. Merov.* 2., Bruno Krusch, ed. (Hannover 1888) 241–244, consigna que, luego de la destrucción de Troya, Priamo y Antenor emigraron hacia el río Tanais (Don), en los pantanos de la Meótida, para, desde allí, trasladarse hasta Panonia, donde un legendario descendiente, Francón, fundó la ciudad conocida con el nombre de Sicambria. Noticia sobre el origen troyano de los francos trae Paulo Diácono en su *Gesta episcoporum mettensis*, MGH *SS 2*, Georgius H. Pertz, ed. *Liber de episcopis mettensibus* (Berlín 1829) 264: *cuius Anchisi nomen ab Anchise patre Aeneae, qui a Troia in Italiam olim venerat, creditur esse deductum. Nam gens Francorum, sicut a veteribus est traditum, a Troiana prosapia trahit exordium*. La noticia sobre el origen troyano de los francos se encuentra también en la *Crónica* de Fredegario, MGH. *SS rer. Merov.* 2 (Hannover 1888) 143–144. Cf. Peter Brown, *El Primer Milenio de la Cristiandad Occidental* (Barcelona

de Guntario, su señor, se debería haber señalado similar origen, sobre todo por tratarse del rey de los francos y por la jerarquía de su personaje en la obra. El silencio con respecto a este punto podría considerarse una más de las condenas que, a lo largo del relato, el autor descarga, expresa o elípticamente, sobre su figura.

Sea como fuere, las muy variadas memorias del pasado que acabamos de mencionar, con sus múltiples rearticulaciones (operadas a través de selección y fusión de liberadas de hechos históricos, transformados en legendarios, y prestigiosas leyendas heroicas literarias)⁶⁸, son apenas unas cuantas de las muchas que debieron existir en ese crisol de la tardía Antigüedad. En este período, a un sólido y amplísimo registro, procedente de la literatura grecolatina, se sumaron las aportaciones cristianas, en primer lugar, y las que consigo traían los diversísimos pueblos que, en oleadas sucesivas, se fueron integrando en el Imperio Romano, con sus imaginarios, sus reyes, sus héroes y, también, sus antihéroes, provocando una renovación profunda de los distintos géneros literarios y, en el caso de la épica, de su indispensable material mítico.⁶⁹

Huelga decir que el *Waltharius* exhibe las tres tradiciones culturales básicas que conviven en los pueblos sujetos al poder carolingio: romana y germana paganas y el légamo cristiano; huelga reconocer que las múltiples, a veces registradas y otras veces reconstruidas, reapariciones⁷⁰ de su figura, en distintos poemas heroicos de distintas épocas y en distintas lenguas, permiten suponer la existencia de una leyenda en torno a sus acciones, difundida oralmente, adoptada y adaptada por distintas comunidades a las peculiaridades de sus expectativas en materia de tradiciones heroicas.

Huelga consignar que la elección del latín para narrar la gesta de Valtario (nombre de origen germánico,⁷¹ como los de otros personajes principales del poema), emparen-

1997) 81. El término *Sycambros* aparece ya en Propercio, 4.6.77: *ille paludosos memoret servire Sycambros*; y repetidamente en la obra de Claudiano; al respecto, véase el amplio informe de M. Colombo, "Gli Etnomimi Barbarici nei Poemi di Claudiano. La Tecnica Poetica della Propaganda Politica," *Athenaeum* 96.1 (2008) 293–326.

⁶⁸ Con respecto al *Waltharius*, Langosch, "Waltharius" (véase n. 36) 7–12, considera que procede de dos viejos poemas: un "Hunnenteil" con acción en la corte de Atila, y un "Frankenteil," combinados por un monje germánico según su fe cristiana. Diversísimos motivos literarios recurren en el *Waltharius* y otras obras de época cercana, como, entre otros, *Hildebrandslied*, *Waldere*, *Beowulf*, *Nibelungenlied*, *Atlakviða*, de las áreas germánica, escandinava y británica.

⁶⁹ Richard P. Martin, "Epic as a Genre," *A Companion to Ancient Epic*, John M. Foley, ed. (Oxford 2005) 17, señala: "Myth and folktale might be considered the deeper roots of epic, yet they can just as easily be synchronic and interactive with epic."

⁷⁰ Véase Langosch, "Waltharius" (véase n. 36) 96, quien habla de "Sage statt Geschichte"; Georges Zink, "Walther et Hildgund. Remarques sur la vie d'une légende," en *Waltharius und Walthersage. Eine Dokumentation der Forschung*, Emil E. Ploss, ed. (Hildesheim 1969) 327–335, considera una tradición literaria paralela (la leyenda de Hildegunda y Valtario) anterior al *Waltharius*, como mostraría el *Waldere*. Peter Dronke, *Barbara et antiquissima carmina* (Barcelona 1977) 50–54, remite a Ramón Menéndez Pidal (*Romancero Hispánico* 1 [Madrid 1953] 286–300), al referirse a la relación con un romance español, *Gaiferos* y *Melisenda*. Victor Millet, *Épica Germánica y Tradiciones Épicas Hispánicas: la leyenda de Walther de Aquitania y su relación con el Romance de Gaiferos* (Madrid 1998) 16–28, describe la historia crítica de esta relación y asienta algunas dudas, concluyendo que las leyendas de Walther y Gaiferos estuvieron en contacto, pero que el romance de Gaiferos hunde sus raíces en una tradición germánica y no tanto visigoda, como defendiera Menéndez Pidal. Michael Heintze, "Gualter del Hum im *Rolandslied*. Zur Romanisierung der Walther-Sage," *Mittelalterliches Jahrbuch* 21 (1986) 95–100, encuentra semejanzas con las canciones de gesta *Beuve de Hantone* y *La Prise de Codres et de Seville*. Varias de las múltiples reapariciones de la "Walthersage" pueden verse en el conjunto de trabajos editados por Ploss.

⁷¹ Wolfgang Regeniter, *Sagenschichtung und Sagenmischung: Untersuchungen zur Hegengestalt und zur Geschichte der Hilde-und Walthersage* (Munich 1971), citado por Werner, "Hludovicus Augustus"

tada con aquellos *barbara et antiquissima carmina* que se cantaban en lengua vernácula, remite a la política de recomposición moral y cultural iniciada por Carlomagno, alentada y diseñada por los intelectuales que fue reclutando desde las regiones más remotas del fragmentado Imperio Romano, y continuada por sus herederos. No debe omitirse que la elección del latín, como vehículo de expresión oficial, se realiza frente a lenguas como el Antiguo Alto Alemán—la del emperador—y el Antiguo Anglosajón—la de Alcuino—lenguas que, en ese momento, se habían desarrollado hasta el punto de haber servido para la composición de notables poemas épicos.⁷² En tal elección seguramente pesó el hecho de que toda la cultura prestigiosa que procuraban rescatar se encontraba escrita en latín, que las lenguas vernáculas no habían logrado todavía alcanzar las sutilezas y conceptualizaciones lingüísticas del latín, que los intelectuales, en particular, lo conocían en calidad de lengua familiar y en los pobladores del Imperio Carolingio (de variada y disímil expresión) restaban vestigios no poco importantes, y que la Biblia—cita autoritativa para cualquier precepto político, moral o ideológico⁷³—se encontraba en latín.

Huelga decir, en fin, que el *Waltharius* informa del doble, contrapuesto y simultáneo movimiento histórico suscitado en los siglos IV y V: el derrumbamiento y pulverización políticos de un sistema, conocido como Imperio Romano, y el nacimiento y paulatina consolidación de una nueva concepción ideológica, conocida como cristianismo, cuyo pleno afianzamiento en el control del poder se produce bajo el reinado de Carlomagno.

(véase n. 33) 108–109 n. 392, consigna que el nombre de Valtario y el de su padre, Alfer, son de raíz longobarda, y concluye que la pretendida “Walthersage” antigua llega al mundo germano “aus dem langobardischen Suden.”

⁷² Rosamond McKitterick, “The Carolingian Renaissance of Culture and Learning” (véase n. 50) 154, señala: “The most obvious symbol of cultural continuity with the Roman past is that the Franks used Latin as the language of government, education and worship, and thereby ensured the survival of Latin as a living, universal language in religion, government, law and scholarship in Europe throughout the Middle Ages and into the early modern period.” En trabajo anterior, McKitterick “The Written Word and Oral Communication” (véase n. 39) 99, había sentenciado: “The Franks were thus a Germanic people who conducted their administrative, legal and intellectual affairs in Latin.” No todo fue continuidad entre los carolingios; Ludovico el Pío parece haber desestimado algunas producciones del pasado. Al respecto, Thegan, *MGH, SS rer. Germ. 64, Gesta Hludowici Imperatoris/Die Taten Kaiser Ludwigs*, Ernst Tremp, ed. (Hannover 1995) 200, consigna: *Lingua Greca et Latina valde eruditus, sed Grecam melius intellegere poterat quam loqui, Latinam vero sicut naturalem equaliter loqui poterat. Sensum vero in omnibus scripturis spiritalium et moralem necnon et anagogen optime noverat. Poetica carmina gentilia, que in iuventute didicerat, respuit nec legere nec audire nec docere voluit.* Sobre esta frase, Hans J. Hummer, *Politics and Power in Early Medieval Europe. Alsace and the Frankish Realm, 600–1000* (Cambridge 2005) 140, comenta: “One should treat with caution the claim in the preface that the ruler himself had ordered up the body of Old Saxon compositions. In addition, according to his biographer Thegan, Louis was antipathetic to the vernacular poems he had learned as a child: he was well educated in Latin and Greek, his literary sympathies were Latin Christian, and he had been the ruler of deeply Romanized Aquitaine before becoming emperor. Thegan’s testimony has even led to speculation, now widely doubted, that Louis destroyed the vernacular lays and epics that Einhard claims Charlemagne had collected.” Frente a esta afirmación, Eric J. Goldberg, *Struggle for Empire. Kingship and Conflict under Louis the German, 817–876* (Ithaca 2006) 180, señala que con aquellos “poetica carmina gentilia que in iuventute didicerat” podría referirse “to a classical Roman poetry such as Virgil as well as to Frankish poetry.” Goldberg, *ibid.* 179, hace notar los problemas lingüísticos que enfrentaron Ludovico y Rabano Mauro en la parte este del Imperio, donde el “germánico” designaba una pluralidad de dialectos. Véase n. 74.

⁷³ Una recorrida por los cánones de la *Admonitio Generalis* muestra las referencias enmarcadas a diferentes pasajes bíblicos, respaldando las normas promulgadas.

Parece razonable, entonces, sospechar que hubo un intercambio entre leyendas afines de diferentes pueblos sobre un personaje común, cuyo perfil le permitió conectar, insertarse e interactuar en situaciones similares con otros personajes de su acervo tradicional, hubiera sido este transmitido por escrito u oralmente. Si bien es imposible registrar la intensidad de las relaciones entre la literatura textual y la oral, sin embargo, no hay duda de que hubo contacto ininterrumpido entre ambas; está registrado el conocimiento indudable de los poemas épicos bárbaros por parte de los intelectuales durante el periodo carolingio. La famosa frase de Alcuino, preguntándose retóricamente qué valor podían tener para el cristianismo las acciones heroicas de un rey pagano como Ingled (mencionado en el *Widsith*, en el *Beowulf* y en la *Gesta Danorum* de Saxo Grammaticus), manifiestan la vigencia de esos cantos paganos de tradición oral en momentos en que la cultura oficial cristiana había adoptado el latín como vehículo de expresión escrita.⁷⁴ Si la redacción del *Waltharius* correspondiera a este momento histórico, en que Alcuino ejerce un influjo decisivo con respecto al derrotero de la cultura oficial, el autor del poema bien podría haber intentado satisfacerlo, componiendo su obra en latín y sirviéndose de su historia para censurar el pecado de avaricia en todos sus personajes.⁷⁵

La incrustación del discurso de Haganón en el centro de la canción original del *Waltharius*, frente a todos los contendientes, señalaría una intención moralizante, a tono con recomendaciones prescriptas en la época.⁷⁶ Pero, aunque la de Haganón es la voz recurrente de censura con respecto a ese pecado—por lo menos, en lo que atañe a su aspecto material (*gazam non cupio nullam*, 1276)—en cambio, si logra vencer a Valtario, su debilidad humana parece confirmarse (*aliquid memorabile faxo*, 1279), suscitando una nueva incoherencia, producto del conflicto entre enunciados de opuestas intenciones.

⁷⁴ Alcuino, MGH *Epistolae Karolini Aevi* II, Ernst Dümmler, ed. (Berlin 1895); *Ep.* 4, n° 124, 183: *Verba Dei legantur in sacerdotali convivio. Ibi decet lectorem audiri, non citharistam; sermones patrum, non carmina gentilium. Quid Hinieldus cum Christo? Angusta est domus: utrosque tenere non poterit.* Hinieldus o Ingled es el nombre de un rey mencionado, entre otras obras, en el *Beowulf*; la comparación marca la diferencia con una cultura extraña a la cristiana, la de Alcuino y la corte carolingia. En la frase destaca la oposición entre dos culturas y Alcuino continúa una línea del temprano cristianismo, como señalaron Robert Levine, “Ingeld and Christ: a Medieval Problem,” *Viator* 2 (1971) 105–108; y Gernot Wieland, “Alcuin’s Ambiguous Attitude Towards the Classics,” *The Journal of Medieval Latin* 1 (1992) 84–95. Martin Irvine, *The Making of Textual Culture. ‘Grammatica’ and the Literary Theory 350–1100* (Cambridge 1994) 332, apunta sobre las dos tradiciones: “... one, the Latin culture of the Christian text, the other, oral pagan tradition. Ingel signified the otherness of pagan poetic tradition, which for Alcuin was not simply pagan, and therefore in error, but irrelevant, capable of only trivializing the public and social uses of discourse in the monastery, church and court of a Christian ruler.” Se confirmaría, entonces, la sospecha de Mora-Lebrun, *L’Enéide Médiévale* (véase n. 24) 148, con respecto al *Waltharius*: “on peut supposer avec assez de vraisemblance une situation d’échange et de collaboration entre versions écrites et tradition orale, dans une système très souple qui multiplie les occasions de contact et de rencontre entre le héros et d’autres figures apparentées.” Pero si Carlomagno ordenó transcribir los *barbara et antiquissima carmina*, puede suponerse que en la corte hubo tensiones sobre las dos tradiciones; al respecto, véase Rubén Florio, “*Dis-cere-Docere*: Tertuliano y Alcuino frente a la *Paideia* Oficial,” *Traditio* 64 (2009) 126–131.

⁷⁵ Véase Dennis M. Kratz, “Quid *Waltharius* Ruodlibque cum Christo,” *The Epic in Medieval Society. Aesthetic and Moral Values*, Harald Scholler, ed. (Tübingen 1977) 126–149.

⁷⁶ En la *Admonitio Generalis*, MGH *Capitularia Regum Francorum* I, Boretius, ed. (Hannover 1883) 56, canon 33: *Omnibus. Item in eodem de prohibenda avaritia, ut nullus alienos fines usurpet vel terminos patrum transcendat.* Cf. Alcuino, *de virtutibus et vitiis* (PL 101.634B; en 636A: *Ista pestis, id est, vana gloria, multiformis avaritia est*).

A todo lo apuntado debe sumarse un tópico del que, por conocido y repetido, no puede prescindirse: los cimientos sobre los que el autor del *Waltharius* edificó su narración fueron, prioritariamente, las reliquias cedidas por la *Eneida*, texto básico y ecuménico de la cultura medieval, desde cuya aparición su intensa e ininterrumpida presencia se verifica en las más diversas creaciones poéticas.⁷⁷ Por contrapartida, el sintagma que, en el prólogo, declara el objetivo con el que se fija por escrito la historia del joven Valtario (*ludendum magis est dominum quam sit rogandum*) es sumamente significativo: podría ser tomado como una advertencia del autor (¿Geraldo?) sobre una historia de contenido pecaminoso antes que edificante y, por extensión, declararía su carácter de narración popular, más allá de que fuere un monje el que la sirviera en molde culto, en lengua no vernácula (latina, oficial);⁷⁸ así pues, la leyenda tiene que haber circulado oralmente en versiones vernáculas, de distintas tonalidades, hasta ser recogida en latín, que le sirvió tanto de vehículo internacional cuanto de preservación.⁷⁹

Algo más con respecto a las incertezas del *Waltharius*. Si, cuando el poeta acude a textos del pasado para construir no pocos pasajes de su obra, reconocemos el consabido procedimiento de la emulación y resortes adicionales que plantea la intertextualidad, modificando, en principio, el sentido del subtexto en beneficio del nuevo, en cambio, cuando acude a la historia como parte de su materia narrativa, existe una explicación en cierto modo similar: si los receptores de la obra eran gentes de refinada instrucción cultural, capaces de decodificar juegos literarios tan complejos como los que se verifican en varios momentos de la narración, gentes que solían reunirse en aquellas tertulias poéticas de la corte de Carlomagno, cabe sospechar la posibilidad de que el autor buscó conscientemente las contradicciones entre la historia genuina y la que asienta en el transcurso de la obra. De este modo, su público participaría de una modalidad de entretenimiento comparable a la de las alusiones literarias, cuya finalidad consistiría en poner a prueba conocimientos y agudeza en la materia.⁸⁰ No se

⁷⁷ Véanse los trabajos de Mario Geymonat, “The Transmission of Virgil’s Works in Antiquity and the Middle Ages,” *A Companion to the Study of Virgil*, Nicholas Horsfall, ed. (Leiden 1995) 303–312; Michael Roberts, *Biblical Epic and Rhetorical Paraphrase in Late Antiquity* (Liverpool 1985) 73; Dieter Schaller, “La Poesía Epica,” *Lo Spazio Letterario del Medioevo* 1, *Il Medioevo Latino*, Guglielmo Cavallo, Claudio Leonardi, Enrico Menestò, eds. (Roma 1993) 1.2.9–12; Martin Brooke, “*Interpretatio Christiana*: Imitation and Polemic in Late Antique Epic,” *Homo Viator*, Michael Whitby, Philip Hardie, Mary Whitby, eds. (Bristol 1987) 285–295. Para su importancia en la época carolingia, Birger Munk Olsen “Les Poètes Classiques dans les Écoles au IX Siècle,” *De Tertullien aux Mozarabes*, Louis Holtz, Jean Claude Fredouille, eds. (Paris 1992) 2.196–202.

⁷⁸ Richter, *The Formation of the Medieval West* (véase n. 65) 108–109: “It is of interest in this respect to find that in the late antiquity the verb *ludere* was often replaced by the verb *iocare*. By analogy, it emerges that *iocus* or *iocum* and *ludus* are also used interchangeably in the early Middle Ages.” Para las constantes referencias a este tipo de actividad, véase Florio, “*Waltharius* 1410–20” (véase n. 3) 60.

⁷⁹ Véanse las agudas disquisiciones sobre el intercambio entre literatura popular, oral, vernácula y la monástica, culta, latina de Jan M. Ziolkowski, *Fairy Tales from Before Fairy Tales* (Ann Arbor 2007) 36–43. En uno de los párrafos afirma (37): “Although implying that the folktales existed in sufficient abundance as to attract the attention of the religious authorities, these denunciations indicate that the church held storytelling to be sinful, partly because the tales were entertaining rather than edifying and partly because they perpetuated pre- or para-Christian beliefs to which the leadership was opposed.”

⁸⁰ Mary Garrison, “The Emergence of Carolingian Latin Literature and the Court of Charlemagne (780–814),” *Carolingian Culture: Emulation and Innovation*, Rosamond McKitterick, ed. (Cambridge 1994) 119–120; 123, consigna las tertulias de la corte de Carlomagno (“coterie poetry”). Esa atmósfera cultural, rica en las sutilezas de la ironía, sería la que Douglas C. Muecke, *The Compass of Irony* (London 1969)

trataría sino de un nuevo ejercicio intelectual que el autor propone a sus receptores, acorde con la declaración del prólogo: la obra tiene la intención de distraer para acortar las largas horas del día. Y entretener no se referiría solo al sentido de atender y conocer la gesta de un joven guerrero, sino también al de descubrir las incoherencias históricas del texto y reconsiderar sus diversos significados; las alteraciones con respecto a la nacionalidad de Guntario y Haganón—en la historia genuina pertenecientes al pueblo burgundio, francos en la narración—es de las más sugestivas y demuestran una de las rupturas sufridas por la saga original en el momento de su fijación por escrito en latín, la otra se relaciona con la implantación—en esta escritura—de una perspectiva cristiana.⁸¹

Si a esa declaración programática del prólogo se remiten las contradicciones de varios pasajes, cuya intención consistiría en comprobar los saberes de los receptores y excitar su agudeza en la decodificación del oculto sentido, ello no sería sino confirmación de la tesis de Haug: la autoría del *Waltharius* le pertenecería a Geraldo, pues desde el prólogo consigna ese objetivo (*ludendum*) como primordial de la obra.⁸² Este comentario no debería pasar desapercibido, pues su implementación se extiende a lo largo de todo el poema. El poema, por otra parte, sin excluir el prólogo, se encuentra enmarcado por una nota que se reitera al principio y al final: la referencia a la divinidad. En efecto, comienza con una mención al trino y termina con el término *Iesus*.⁸³

Además de incoherencias entre el texto y sus referentes externos, literarios e históricos, el *Waltharius* también registra aparentes incoherencias internas. La más notoria es aquella en que, en el transcurso de unos pocos versos, se desprestigia y se elogia a Francia a través de sus guerreros (*Franci nebulones*, 555; *Camalonem < inclita Francia*, 582). Por su contigüidad, esta disímil valoración no pudo pasar desapercibida para el público de su tiempo y causa perplejidad en los lectores contemporáneos. En el pasado literario, Sidonio Apolinar fue uno de los que había alabado la capacidad marcial de los francos.⁸⁴ Los desacuerdos internos parecen tener una larga tradición y estar relacionados, según un trabajo reciente,⁸⁵ con el género épico en par-

123–136, 147–151, llama “closed ideology.” Véanse las notas 21 y 41. Es muy posible que en el *Waltharius* haya otros muchos pasajes irónicos; la dificultad casi insalvable para identificarlos reside en que los códigos lingüísticos del “ironista” y sus receptores pertenecen a un contexto del que no se conserva—aspecto común a cada época—la totalidad de sus juegos verbales. La reconstrucción de estos códigos es problemática para los intérpretes posteriores, de creciente dificultad a medida que estén alejados de la época de producción del texto; véase Linda Hutcheon, *Irony’s Edge. The theory and politics of irony* (New York 1995) 136–152.

⁸¹ Para Millet, *Épica Germánica y Tradiciones Épicas Hispánicas* (véase n. 70) 31–32, esta contaminación de la leyenda de Walther con los burgundios se debería a que “antes de su primera trasposición a la escritura la leyenda de Walther pasó por una fase de combinación o refundición.”

⁸² Después de un exhaustivo análisis de las distintas copias del *Waltharius*, Haug, “Gerald und Erckambald” (véase n. 41) 211–218, concluye que Geraldo es el autor de la obra, que su redacción se situaría a finales del siglo VIII y que, posteriormente, hacia los primeros veinte años del IX, en una segunda edición del poema, habría añadido el prólogo. Este largo interregno entre la composición del poema y la del prólogo explicaría las diferencias de estilo entre ambos, como lo había notado Edoardo D’Angelo, *Indagini sulla tecnica versificatoria nell’esametro del Waltharius* (Catania 1992), hecho que lo llevó a concluir que Geraldo no era el autor del poema.

⁸³ Tal como señalé en la introducción a mi edición del *Waltharius*, 47–48.

⁸⁴ La descripción de sus características físicas, Sidon., *Carm.* 5.238–249, MGH *AA.* 8, Christian Luetjohann, ed. (Berlín 1887) 193–194, es rematada por las morales: *puerilibus annis / est belli maturus amor. si forte premantur / seu numero seu sorte loci, mors obruit illos, / non timor; invicti perstant animoque super-sunt / iam prope post animam* (249–253).

⁸⁵ Véase al respecto James J. O’Hara, *Inconsistency in Roman Epic. Studies in Catullus, Lucretius, Ver-*

ticular. No obstante, si bien es imposible asegurar que existe una sola interpretación para las incoherencias que descubrimos en esta u otras obras del género, ¿el autor del *Waltharius*—un Geraldo que irritó a Carlomagno y fue condenado al ostracismo—colocó a Guntario, rey de los burgundios en la historia genuina, como rey de los francos, con la intención de degradar a los merovingios (algunos pasajes parecen aludirlos)⁸⁶ o con la de satirizar, indirectamente, a la mismísima familia de Carlomagno? La divergencia en este punto entre la historia genuina y la del texto habrá llevado a los *fratres*, receptores de la gesta de Valtario, a una inmediata *mise en abyme* y de allí a la reconsideración de los propósitos que encierra la aparente inexactitud.

Un amplio espectro de variadas especulaciones, exento de ingenuidad, se abre entre quien enuncia un mensaje intencionalmente erróneo y quienes lo reciben, reconociendo sus designios. Ejercicio de ingenio que, a su vez, se diversifica en las cambiantes posibilidades a que induce la ironía: entre varios ejemplos, desde un ambiguo diálogo sostenido por Valtario e Hildegunda, que nos remite a la subtextualidad virgiliana (231–247),⁸⁷ hasta la pluralidad de términos explícitos y encubiertos que, sobre referencias sexuales (1410–1442), había acuñado, hasta entonces, la tradición latina: Catulo, Propertio, Petronio, Marcial, Juvenal, Ausonio, Enodio, son algunos de muchos nombres al respecto, y, de la época del *Waltharius*, Liutprando de Cremona.⁸⁸

En cuanto a los personajes, si hay uno en el *Waltharius* que, por su conducta como gobernante y como guerrero, puede ser considerado el reverso de las cualidades heroicas tradicionales, ese es Guntario. Su defección es tan acentuada, que hace olvidar la de Atila, al tiempo que potencia, por comparación de inferioridad, la estatura heroica de Haganón y de Valtario. A partir de algunas notas certeras sobre su personaje parecería que el autor alude a la desprestigiada estirpe de los merovingios,⁸⁹ en este sentido, dos referencias burlescas de Valtario para con el rey de los francos (*An est deus?*, 608; *nomen regis honorem*, 614) pueden conectarse con la ascendencia divina que se arrogaban los merovingios y con pasajes de la obra de Eginhardo, donde se los tilda desfavorablemente (*VKM. 1: inane regis vocabulum ... praeter inutile regis nomen*), sin duda para, por comparación de desigualdad, realzar el comportamiento de los carolingios.⁹⁰

gil, Ovid and Lucan (Cambridge 2007).

⁸⁶ Florio, “*Waltharius*, figuras heroicas” (véase n. 7) 224–225.

⁸⁷ Como lo destacaron Ward, “After Rome” (véase n. 52) 276–278; y David Townsend, “Ironic Intertextuality and the Reader’s Resistance to Heroic Masculinity in the *Waltharius*,” *Becoming Male in the Middle Ages*, Jeffrey Jerom Cohen, Bonnie Wheeler, eds. (New York 2000) 74–77.

⁸⁸ Dennis M. Kratz, *Mocking Epic. Waltharius, Alexandreis and the Problem of Christian Heroism* (Madrid 1980) 7–13, recuerda varios ejemplos de parodias y escenas burlescas que la épica latina generó con respecto a sí misma. Resumen de su perspectiva (31): “Mockery is, in fact, the key to Gerald’s solution to the problem of making the epic a vehicle for expressing Christian values.”

⁸⁹ Mckitterick, *History and Memory* (véase n. 66) 123–124.

⁹⁰ La frase *nomen regis honorem*, en particular, parece aludir en plenitud al pobre papel que Eginhardo le atribuye a los merovingios con ese *inutile regis nomen*. Para el origen sobrenatural de los merovingios, cuyo ancestro originario era un monstruo similar al Minotauro, véase Ian Wood, *The Merovingian Kingdoms 450–751* (London 1994) 37; Alessandro Barbero, *Carlomagno* (Barcelona 2004) 14 y 25; y Geary, “Barbarians and Ethnicity” (véase n. 23) 125. Eginhardo usa intensivamente los términos *magnanimus / magnanimitas*, combinados con el módulo característico de la templanza heroica, pagana y cristiana (*res secundae et adversae*), para construir el perfil moral de Carlomagno. Véase David Ganz, “Einhard’s Charlemagne: The Characterisation of Greatness,” *Charlemagne, Empire and Society* (véase n. 50) 45. No obstante, “*an est deus?*” en este texto miliar del *Waltharius*, donde tantas tradiciones culturales se dan cita,

En la segunda parte del *Waltharius*, la figura del rey de los francos es tan central como la del protagonista del poema, pero su conducta lo destaca como el opuesto absoluto del aquitano. Guntario termina convirtiéndose en la encarnación de la cobardía, insensatez, avaricia y arrogancia. La adjetivación que le destina el narrador es elocuente. En uno de nuestros trabajos hemos expuesto este tema con bastante minuciosidad, anotando también los matices similares con respecto a la conducta de los reyes de las distintas comunidades atacadas por los hunos.⁹¹ Ahora nos interesa destacar la insistencia del autor por registrar, con mayor o menor intensidad, la constante defección heroica de todas las figuras reales que intervienen en la acción del poema, cuyo segundo tramo incrementa, en el retrato de Guntario, la descalificación a tales personajes. No es posible pensar que se trata de casualidades. La actuación de Valtario recibe una valoración directa y elogiosa a través de la adjetivación y una indirecta, a través de su comparación tácita con los restantes personajes del poema, en cuyo despliegue invierte por completo el carácter moral y físico de los reyes de la primera parte del poema y de Guntario en la segunda.

En contraposición—destacando aun más el contraste con varias de las figuras masculinas—las dos mujeres del *Waltharius*, Hildegunda y Ospirin demuestran valentía y astucia. Sus conductas y sus discursos, coherentes con su jerarquía social, manifiestan el papel que cumplían una reina y una princesa de la Alta Edad Media. Ospirin sobresale por su consejo avezado, característico de quien conoce los disímiles intereses emocionales de un guerrero y de un hombre de familia, la política de un reino, y puede prever los acontecimientos futuros a partir de los del presente. Hildegunda, una vez que se ha asegurado qué representa y significa como mujer para Valtario, exhibe adhesión incondicional y exclusiva a su futuro marido, cualidades en consonancia con el ideal femenino del cristianismo de la época.⁹²

La insoslayable pequeñez de Guntario, la repulsa que ha generado su conducta quedan evidenciadas hacia el final de la obra, momentos antes de la batalla final, y Valtario es el encargado de señalarlas. El rey se ha transformado en un personaje grotesco que ni siquiera merece respuestas, sino el más completo y frío menoscabo. Ante un arresto de Guntario, tratando de explicar la supremacía heroica que Valtario acababa de demostrar frente a toda su guardia de honor, el aquitano ni siquiera se digna responderle. El autor relata la escena de desprecio sin dejar lugar a dudas sobre la indiferencia y desdén de Valtario para con el rey de los francos: *Alpharides contra regi non reddidit ulla, / Sed velut hinc surdus ...* (1237–1238). Betz considera que la progresivamente desfavorable caracterización de Guntario tiene directa relación con el influjo cada vez más acentuado del nuevo pensamiento cristiano.⁹³ Desde esta línea de análisis, no sería errado pensar que la conducta de Haganón potencia el reverso antiheroico de la de Guntario. Por extensión, el taimado discurso del rey, intentando convencer a su mejor guerrero para que pelee contra Valtario, contrastaría con el que su

también podría proceder—aunque aplicado a un franco—del ámbito cultural de los hunos, para quienes sus reyes no eran divinos; Wolfram, *The Roman Empire and its Germanic Peoples* (véase n. 30) 143.

⁹¹ Florio, “*Waltharius*, figuras heroicas” (véase n. 7) 207–229.

⁹² A partir del momento en que Valtario esclarece un discurso inicialmente ambiguo (véanse vv. 231–250).

⁹³ Wener Betz, “Die Doppelzeichnung des Gunther im *Waltharius* und die deutsche Vorlage,” *Beiträge zur Geschichte der deutschen Sprache und Literatur* 73 (1951) 470.

vasallo pronuncia sobre la avaricia, que, dirigido en principio a su sobrino, repercute sobre todos los actores de la escena, Guntario el primero (sin olvidar que Valtario está presente).⁹⁴

La lisonjera argumentación del rey franco, tratando de convencer a su vasallo—y último guerrero—para que se decida a combatir, es una pieza retórica, del género epidíctico,⁹⁵ que confirma la apreciación de Séneca cuando identifica, igualándolos, el habla del hombre y su vida (*Ep.* 114.1: *talís hominibus fuit oratio qualis vita*). Si el término “retórica,” *ars dicendi*, implica un discurso de codificación y evaluación,⁹⁶ el autor del *Waltharius* desnuda por completo, al final de su obra, la naturaleza de Guntario. No vacila en suplicar (*omnimodisque precibus*, 1065) y poco le importa ser rechazado para volver a suplicar (*recusanti precibus instans*, 1073) con una especulación donde parece poner en práctica los preceptos ciceronianos en la materia,⁹⁷ con una estrategia que consiste en depreciar el valor de la ofensa infligida a su vasallo, cuando la lucha aún no había comenzado, acudiendo al recurso de relativizar las situaciones. Con gran habilidad, ya no lo acusa de falta de hombría, sino de no ejercerla, ironía sorprendente (a decodificar por los receptores), tomando en cuenta de quien proviene, pues Guntario acaba de huir de la liza en forma tan vergonzosa como ridícula. Su alocución, en suma, invierte las responsabilidades de cada uno por el resultado de la acción. Obviamente, le promete una recompensa impensable (1078), pero no inesperada para la idiosincrasia que domina en el poema. Una vez que Haganón revalida su sometimiento—al exponer su estrategia para vencer a Valtario—, Guntario rehabilita el pacto de vasallaje (agradeciendo un consejo, por primera vez en la obra) y lo sella con un abrazo y con el beso de reconciliación (*osculum pacis*): *Laudat consilium satrapa et complectitur illum / Oscilloque virum demulcet* (1126–1127).⁹⁸

La obtención del tesoro, según se sabe, es un motivo recurrente en la literatura germánica antigua; la censura por tal vicio no procede de esa fuente, sino de la ética grecolatina y de la cristiana a que adscribe el autor del *Waltharius*.⁹⁹ En cambio, Guntario invierte las costumbres tradicionales; desde antiguo, los germanos consideraban sumamente vergonzoso que su jefe no demostrara valor en combate y que sus guerre-

⁹⁴ Véase *W.* 857–875 y 1075–1087; Valtario está presente y oye el discurso de Haganón contra la avaricia (*clamorque simul pervenit ad aures*, 879), vicio del que no está exento. El contraste de actitudes y expectativas es evidente en las palabras que Haganón y Guntario pronuncian, cuando advierten que Valtario ha llegado al reino franco; a la alegría de Haganón por el amigo en el exilio recobrado se le opone la alegría de Guntario por la posibilidad de arrebatarle el oro, que considera solo suyo (no obstante burgundios y aquitanos hubieran tributado a los hunos), haciendo evidente su *cupiditas* (*W.* 466–467 y 470–472).

⁹⁵ Véase Laurent Pernot, *La Rhétorique dans l'Antiquité* (Paris 2000) 230–238.

⁹⁶ Véase Joy Connolly, “Virile Tongues: Rhetoric and Masculinity,” *A Companion to Roman Rhetoric*, William J. Dominik, Jon Hall, eds. (Oxford 2007) 86–87.

⁹⁷ Cicerón, *Orat.*, ed. P. Reis (Leipzig 1932) 97: *huius eloquentiae est tractare animos, huius omni modo permovere. haec modo perfringit modo inrepat in sensus; inserit novas opiniones, evellit insitas*. Cicerón, *Brut.* 185, *De or.* 2.128, había prescripto las tres acciones de la elocuencia: *docere, movere, delectare*. El conocimiento directo de algunas obras de Cicerón es incierto, probablemente conociera estos preceptos por la obra de Isidoro de Sevilla, particularmente el libro 2 de sus *Etimologías*.

⁹⁸ Véase Heinrich Fichtenau, *Living in the Tenth Century: Mentalities and Social Orders* (Chicago 1991) 38–40; y Jacques Le Goff, *Una Historia del Cuerpo en la Edad Media* (Buenos Aires 2005) 122 y 135.

⁹⁹ Sobre este tema, véanse las agudas notas de Francine Mora en la introducción a la edición del poema: *La Chanson de Walther. Waltharii Poesis*, Sophie Albert, Silvère Menegaldo, Francine Mora, eds. (Grenoble 2008) 21–26.

ros no igualaran a su jefe en coraje.¹⁰⁰ La censura es, entonces, doble y sesgada: en tanto el rey de los francos incumple su obligación moral, sus guerreros respetan el código heroico del *Gefolge*, resaltando y acrecentando la indignidad de su señor. Muy claramente lo recuerda Haganón cuando, a pesar de haber sido humillado por su rey, decide entrar en batalla para defenderlo. Al responder a la demanda de Guntario, que lo insta a combatir, la palabra que emplea se relaciona con la lealtad: *fiducia* (1099). Sin embargo, no se priva de censurar la conducta egoísta de Guntario, quien antepone sus intereses individuales al heroísmo extremo que habían demostrado sus guerreros, muriendo por su causa, al tiempo que, con su decisión, señala cuáles son los códigos heroicos vigentes: *Sed quia conspicio te plus doluisse pudore / Quam caedis nec sic discedere velle, / Compator propriusque dolor succumbit honori / Regis* (1017–1019).

Para concluir, la doble gradación sobre el anverso y el reverso del heroísmo registra un nuevo peldaño. La altivez heroica con que muere Trogo, herido en una pierna, de rodillas, con su diestra segada, azuzando a Valtario a que le quite la vida, impulsa críticamente la conducta de Guntario, quien, a continuación, huye del campo de batalla y anticipa el discurso ético de Valtario sobre la dignidad de la muerte heroica y su reverso; una escena en que el rey sufre el mayor desprestigio, sin posibilidad de redención. El autor no ahorra elogios para Trogo, proléptica y tácita comparación con respecto al disímil proceder de Guntario, pocos versos después; a su vez, la vergonzosa huida del rey es también proléptica y tácita comparación con respecto a las palabras de Valtario sobre la más importante característica heroica: no temer la muerte.¹⁰¹

Estos y otros temas, muchos de ellos procedentes del acervo germánico, firmemente consolidados en la literatura medieval, muestran la incrustación sufrida en el material narrativo de la literatura romana, su renovación y la conversión moral operada por la ideología del cristianismo, que debe a la obra de Prudencio su repercusión literaria más significativa. A lo largo de la segunda parte del *Waltharius*, los soldados de la guardia de honor de Guntario mueren, uno a uno, por su jefe, pero, en ningún momento, Guntario asume la condición que le corresponde como jefe de su séquito.

¹⁰⁰ Véase Franco Cardini, *Quell'Antica Festa Crudele: guerra e cultura della guerra dal Medioevo alla Rivoluzione francese* (Milano 1997) 20–21. Sobre la pervivencia de estos lazos de amistad, véase Fichtenau, *Living in the Tenth Century* (véase n. 98) 81–94. La tradición germana al respecto está informada por Tácito, *Ger.* 14.1: *Cum ventum in aciem, turpe principi virtute vinci, turpe comitatu virtutem principis non adaequare*. En cambio, según consigna Felix Genzmer, “Wie der *Waltharius* entstandem ist,” *Germanisch-Romanische Monatsschrift* 35 (1954) 136, el robo era para los germanos una de las acciones más despreciables y, tanto Valtario e Hildegunda, por robar el tesoro de Atila, cuanto Guntario, por querer robar el de Valtario, caerían dentro de esta falta. Sin embargo reclaman lo que Atila había obtenido de sus respectivos padres. Haug, “Gerald und Erckambald” (véase n. 41) 203, subraya que las palabras de Guntario son irritantes porque no aspira a algo similar—es decir, recuperar él mismo los tesoros robados de Atila—sino que intenta enriquecerse aprovechándose de un tercero, Valtario. El episodio no es menor, resuena en las palabras de Eginhardo, *Vita Karoli Magni*, 13, cuando justifica a Carlomagno por el tesoro que le arrebató a los hunos: *Quippe cum usque in id temporis poene pauperes viderentur, tantum auri et argenti in regia repertum, tot spolia pretiosa in proeliis sublata, ut merito credi possit hoc Francos Hunis iuste eripuisse, quod Huni prius aliis gentibus iniuste eripuerunt*. Nótese los tres adverbios: *merito, iuste, iniuste*. Sea como fuere, los francos no devolvieron a esos otros pueblos los tesoros que los hunos les habían arrebatado *iniuste*.

¹⁰¹ Respectivamente: *Quo recidente preces contempsit promere Trogus / Conviciisque sui victorem incendit amaris, / Seu virtute animi, seu desperaverat*, 1054–1056; *His rex infelix visis suspirat et omni / Aufugiens studio falerati terga caballi / Scandit*, 1062–1064, y *Incassum multos mea dextera fuderat hostes, / Si modo supremis laus desit, dedecus assit. / Est satius pulcrum per vulnera quaerere mortem / Quam solum amissis palando evadere rebus!* 1215–1218.

Las dos veces que se anima a combatir lo hace detrás de quienes en jerarquía social lo secundaban.¹⁰² Valtario, en cambio, cumple con la conducta esperada de un jefe al frente de su tropa y, como si se tratara de un general romano, recibe la corona.¹⁰³

El légamo cristiano, cuya aparición resalta aun más por inesperado en un texto que originalmente no lo contenía, parecería determinar que las dos únicas figuras valoradas como heroicas y con juicio laudatorio sean las de Valtario y Haganón (*duo magnanimi heroes*, 1399). Si bien no habría que descartar una referencia inclusiva del sentido que el sintagma posee en Virgilio (quien lo emplea cuando señala la ascendencia troyana de los romanos),¹⁰⁴ la reaparición del término *heroum* en los versos 884 y 1438 induciría a pensar que el autor del *Waltharius* considera merecedores de tal elogio a los guerreros que no rehúsan la batalla o mueren en ella.¹⁰⁵ Antes de su última aparición (1399), Valtario ya había sido calificado *magnanimus* (290, 489, 589), pero en ese momento es incluido Haganón, justamente después de que, por única vez a lo largo de la narración, entra en batalla. Por lo tanto, parecería que el poeta concede al adjetivo un sentido restringido, reservándolo solo para consignar la valentía de quienes se enfrentan en lid heroica.

Si revisamos la reaparición final del sintagma (1399) arriba citado, considerando específicas características de los personajes a los que se refiere, tanto Valtario como Haganón son los únicos que han demostrado principios afines con el cristianismo: el santiguo de Valtario antes de revelarle a Hildegunda sus planes para huir (225), su respeto por la virginidad de la princesa (426–427), su plegaria por los guerreros que acababa de eliminar en combate (1161–1167), el discurso de Haganón contra la avaricia (857–875). Desde esta perspectiva, el término *magnanimus* excedería su antiguo significado para teñirse de una connotación cristiana, aludiendo, con tácito contraste, al carácter inverso de los restantes personajes principales masculinos, la pusilanimidad: el módulo vuelve a ser empleado poco después en relación a Valtario y Haganón (*Postremum volo Guntharius bibat, utpote segnis / Inter magnanimum qui paruit arma*

¹⁰² En ambas oportunidades, porque considera que existía la posibilidad de que Valtario fuera derrotado; se une, entonces, a los tres últimos guerreros que pelean juntos contra Valtario: *Nec dubitat princeps tali se aptare labori ... Absque Haganone locum rex supplevit duodenum*, 998 ... 1011; secunda a Haganón (quien lanza el primer ataque) en el combate final contra Valtario: *Tunc pectore magno / Sed modica vi fraxineum hostile superbus, / Iecit Guntharius*, 1294–1296.

¹⁰³ Como un reverso anticipado de Guntario, Valtario demuestra la valentía de quien debe ser imitado por sus guerreros; el poeta describe su valentía en la batalla librada como general de los hunos: *Waltharius tamen in medio furit agmine bello ... Hunc ubi conspiciunt hostes tantas dare strages ... Et quemcumque locum, seu dextram sive sinistram / Waltharius petere t ...*, 196 ... 201. Finalmente, consigna que, ante la actitud marcial de quien los guiaba, el ejército emula su accionar en batalla: *Tunc imitata duces gens maxima Pannoniarum / Saevior insurgit caedemque audacior auget*, 203–204. La corona triunfal de laureles le corresponde en primer lugar, luego, en orden decreciente, al resto de su ejército: *Ac primus frontem festa cum fronde revinxit, / Victrici lauro cingens sua timpora vulgo, / Post hunc signiferi, sequitur quos cetera pubes*, 209–211.

¹⁰⁴ En su tránsito por los Campos Elíseos, Eneas ve a los antepasados de los romanos, los grandes héroes troyanos, *Aen.* 648–650. San Agustín, *Civ.* 1.18.1, encadena *magnanimus* a *pudicitia* y amplía su valor.

¹⁰⁵ Los caídos en combate (*W.* 884: *Heroum tot cerne neces*) y los que, formando parte de la guardia de Haganón, según el código germánico, imitarán a su jefe (*W.* 1438: *Heroum turbas transversa tuendo salutans*). Estas referencias, entre otras, tornan irónico el término cuando Camalón se lo adjudica a Guntario (*W.* 601: *tibi iam dictus per me iubet heros*).

virorum, 1413–1414), pero esta vez colocando en el recuento a Guntario, con la explícita intención de excluirlo de tal calificación.¹⁰⁶

Una última observación. El *Waltharius* presenta una curiosa novedad en su desenlace. La batalla final con que concluyen las epopeyas marciales presenta modificaciones de los componentes convencionales del género: por un lado, se trata de un combate en que participan tres guerreros, por el otro, no se produce la muerte de ninguno de los antagonistas. Este procedimiento es extraño a la tradición épica. Incluso, desde el mundo de la sátira, Horacio (*S.* 1.7.11–15) recuerda las convenciones del género, que prescribía un final donde la muerte era ineludible protagonista: *inter / Hectora Priamiden animosum atque inter Achillem / ira fuit capitalis ut ultima divideret mors, / non aliam ob causam nisi quod virtus in utroque / summa fuit.*

En el *Waltharius* los tres contendientes sobreviven. Guntario, el verdadero enemigo de Valtario, podría y debería haber sido quien sufriera la muerte a manos del aquitano, pero Haganón lo salva del golpe de gracia (1367–1373), propiciando la prolongación de la batalla. Este desenlace armoniza con la construcción del personaje del rey, sometido a un sistemático proceso de degradación marcial. Su eliminación no habría acrecentado, sino disminuido, la estatura heroica de Valtario, pues el vencedor de una lid heroica se prestigia cuando derrota y elimina a un contendiente de similar o superior categoría.¹⁰⁷ Si no es un parejo antagonista, nuevamente Horacio (*S.* 1.7.15–18) se encarga de suministrar el ejemplo contrario: cuando los contendientes no son del mismo rango heroico (discordia entre cobardes o entre desiguales), el resultado no es la muerte de uno de los guerreros, sino la defeción del menos dotado para la disputa: *duo si discordia vexet inertis / aut si disparibus bellum incidat, ut Diomed / cum Lycio Glauco, discedat prigrrior ultro / muneribus missis.* Este es el caso de Guntario, muy inferior a Valtario en cualidades bélicas y éticas. El autor del *Waltharius* podría haber recordado estas notas del poeta romano cuando debió cerrar un poema donde la épica transita por cauces disímiles de los hasta entonces conocidos. Así como Eneas había provocado una reevaluación de la figura del héroe y se había constituido en un héroe nuevo para una nueva épica,¹⁰⁸ los disímiles perfiles de los personajes heroicos del *Waltharius*, su interacción y la distinta idiosincrasia dominante tuvieron que forzar una epopeya distinta.

Si el verdadero enemigo de Valtario es Guntario (el poeta se encarga de aclarar que Haganón pelea por fidelidad a su rey, no por algún tipo de rédito)¹⁰⁹, si la figura del

¹⁰⁶ Isidoro de Sevilla, *Etym.* 10.157: *Longanimis, sive magnanimus, eo quod nullis passionibus perturbatur sed ad universa sustinenda patiens est. Cui contrarius est pusillanimis, angustus et in nulla tribulatione subsistens, de quo scribitur* (Proverb. 14, 17): *Pusillanimis vehementer insipiens.* Valtario ya había sido calificado magnanimus (292, 489, 589).

¹⁰⁷ Sobre el conocimiento de las *Sátiras*, Munk Olsen, *I Classici nel Canone Scolastico Altomedievale* (véase n. 20) 120, registra cuatro copias de la obra, en el siglo IX. Véanse los versos finales de Horacio, *S.* 1.7.14–15, donde la calidad marcial, *virtus* (sobresaliente, *summa*) de ambos contendientes (*in utroque*), parece determinar la eliminación de uno de ellos.

¹⁰⁸ Philip R. Hardie, *Virgil* (Oxford 1998) 81: "... the history of the epic tradition is the history of the revaluation of the hero"; Walter R. Johnson, "Dis Aliter Visum: Self-Telling and Theodicy in *Aeneid* 2," *Reading Vergil's Aeneid*, Christine G. Perkell, ed. (Oklahoma 1999) 53: "this is a new hero for a new epic."

¹⁰⁹ Esa intención está verbalizada en su respuesta al rey de los francos, refiriéndose al aspecto material: *Eventum videam nec consors sim spoliolum, W.* 637, y en su discurso contra la avaricia (*W.* 857–875), de contenido moral; particularmente destacamos la frase *Et vili pro laude*, 871 (discurso contra la avaricia, donde Haganón censura las dos manifestaciones de ese pecado—raíz de todos los males—la referida a la

rey de los francos se encuentra, al final de la obra, completamente devaluada, moral y físicamente,¹¹⁰ su muerte no puede añadir ningún tipo de gloria al guerrero aquitano. El final de la obra, entonces, no deja ninguna duda de la pequeñez de Guntario, rey de los francos, pueblo que, al inicio del poema, cuando llega Atila, había sido calificado como el más fuerte de todos. Sin embargo, es el primero que se rinde sin combatir, conducta que provoca la capitulación de burgundios y aquitanos. Estos, al final del poema, terminan siendo los mejor posicionados. Semejante peripecia contiene un abanico de significados morales, muy del gusto de la Antigüedad clásica y de la época en que surge el *Waltharius*, dominada por el mensaje del cristianismo, cuyo modelo heroico privilegia conductas sociales relacionadas con la familia y la religión, antes que con la vana gloria individual (*vili pro laude*, 871) obtenida en combate.

Esta clase de conducta repercute sobre uno de los pasajes más sorprendentes y oscuros de la obra: su intercambio de bromas escurriles. Ninguna de las mofas que Valtario y Haganón se cruzan sobre sus menguadas condiciones físicas justifica la calificación de escurril dada al intercambio de bromas, con seguridad porque Hildegunda, una princesa, está presente y porque la Iglesia desaprobaba categóricamente—como está bien registrado en las actas de concilios de la época—el lenguaje de ese tipo entre los monjes. También, sin dudas, porque pesaba en la memoria del poeta el registro lingüístico del discurso sublime que Virgilio había conferido a los guerreros de la *Eneida*. El autor, entonces, consciente de los diversos receptores de su obra—los de la interioridad de la ficción y los externos a la ficción—y de sus diversas exigencias morales, debió encontrarse en una encrucijada de difícil solución. Por un lado, sabía de los términos vulgares con que se expresaban los guerreros de todos los tiempos, como los germánicos; por el otro, la obra, ligada mucho más estrechamente a la historia que a la leyenda y al mito, tenía que reflejar un nivel de habla acorde con el de los soldados de carne y hueso, intentando que sus expresiones cumplieran, en lo posible, con el requisito de verosimilitud. Ante circunstancias históricas y morales tan disímiles, creemos que el poeta buscó—y encontró—la justa vía: cifrar el significado procaz y obsceno del certamen escurril con los vocablos que diversos autores de la literatura latina habían empleado en sus obras de contenido obsceno. Esta solución demostraría, una vez más, la habilidad del autor para seleccionar el material literario adecuado a las normas sociales de su tiempo.

A la inusual constitución de la batalla final, el *Waltharius* suma un extraño cierre. En verdad, si consideramos el *Prologus Geraldi* parte de la obra, los tres componentes sustanciales y distintivos que el autor enumera van siendo retomados en su gradual conclusión. Al inicio, ocupado por la mención a la divinidad (*Omnipotens genitor*), le sigue la voz del autor (*nunc accipe munera serv i...*), el género del poema (*resonat sed mira tyronis*) e, inmediatamente, la finalidad perseguida, consignada con un término ambiguo (*ludendum*). El final de la obra registra los diversos niveles del prólogo; el combate épico (*cuncti pedites bellare parati*), el certamen escurril, inusual en el gé-

avidez de riquezas materiales—Guntario, *Gazam, quam Gibicho regi transmisit eoo*, 471, véanse 483, 517, *et passim*.

¹¹⁰ Florio, “*Waltharius* 1410–20” (véase n. 3) 72–73.

nero épico (anunciado por el término *ludunt*), la voz del autor (*Qualia bella dehinc*) y, finalmente, la mención a la divinidad en el último aliento (*Vos salvet Iesus*).

Por la variedad de diversas tradiciones escritas y orales que acoge en sus 1456 hexámetros, legendarias e históricas, el *Waltharius* es no solo un apasionante pero todavía irresuelto rompecabezas, sino también un extraordinario—probablemente el más grande y complejo—palimpsesto de la literatura épica medieval.

